

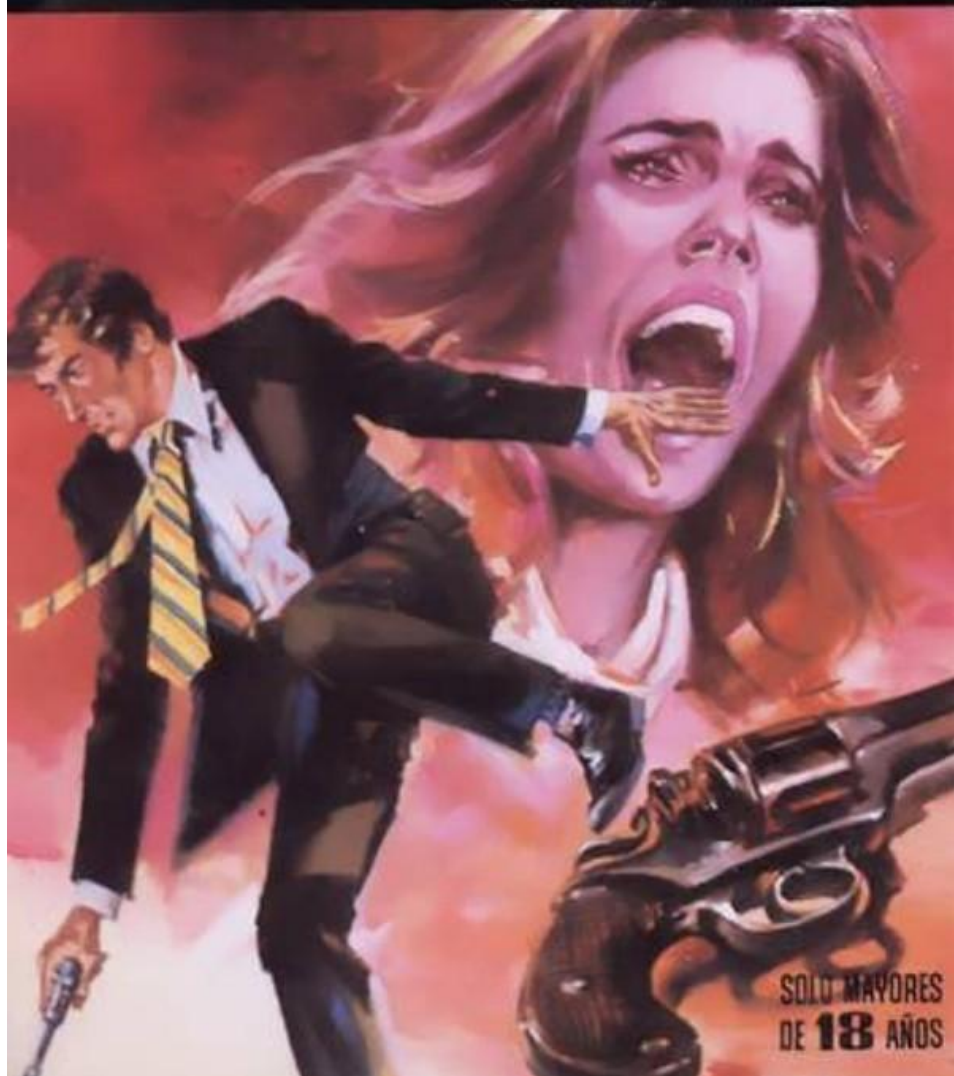
DOSSIEROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

LA CASA DE LAS CUATRO MIL DELICIAS

Silver Kane



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

LA CASA DE LAS CUATROMIL DELICIAS

SS Nº 1484

Autor: Silver Kane

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

BUENO, yo no sé si ustedes saben lo que es eso.

No sé si imaginan lo que es estar sin blanca en una ciudad como Nueva York, donde o pagas al contado o no te queda más remedio que freír tus propios huevos sobre la tapa de una alcantarilla, porque nadie se ocupará de ti. Y además, lo peor era que los míos yo no sabía muy bien dónde los había puesto.

Llevaba seis meses viviendo allí, tras llegar lleno de ilusiones desde Kansas, y aún no había podido publicar ninguna novela, o sea, que no había ganado ni un dólar. Pero no fue enteramente culpa mía, oigan.

Todas las novelas que traía escritas desde Kansas City me las rechazaban por malas. Incluso los editores algo respetables no quisieron ni recibirme.

Fui entonces a editores que no eran tan respetables.

Quiero decir que quizás eran muy buenas personas, pero cada vez que iban a un banco a pedir un crédito, el cajero sacaba una escopeta de cañones aserrados y les apuntaba desde la ventanilla.

¿Cómo iban a pagarme a mí?

Escribí en Nueva York un libro bastante decente para un editor llamado Mailer, y Mailer no lo aceptó, pero resultó que era la historia de la mujer de un editor que se entiende con un negro. A la noche siguiente, Mailer llegó a su casa antes que de costumbre y se encontró a su amante esposa lanzando gemiditos de placer y con un negro encima. Pensó que yo conocía la situación y que había escrito la novela de coña, para reírme de él, de modo que no sólo no me pagó, sino que destruyó el original y contrató a un par de pistoleros

para que me mataran. Lo bueno para mí fue que como los pistoleros tampoco cobraron, no hicieron el trabajo y al final acabaron invitándome a una cerveza en un bar del Bronx, mientras los tres maldecíamos nuestro destino.

Y es que en Nueva York ya se va perdiendo la seriedad, oigan. A veces ni los asesinos cobran, lo que en una sociedad organizada y decente, como debe ser, ya es el colmo.

La segunda novela la escribí para un editor llamado Coogan, y en ésta no salían ni mujeres ni negros. Oh, tuve muy buen cuidado en eso, se lo aseguro a ustedes. Pero Coogan me la tiró por la cabeza diciendo que, si no salían mujeres, aquello era una novela de maricas.

Empecé a buscar entonces a un editor que fuese marica, a ver si se la colocaba.

Pero mientras andaba metido en tan delicadas investigaciones, conocí a otro editor llamado Nelson y él me la publicó. No se vendió ni bien ni mal, pero cobré una pequeña cantidad y con eso fui tirando mientras escribía otro libro. Al fin y al cabo Nelson me publicaría todo lo que le llevase, lo cual significaba que ya tenía editor. Yo era, por lo tanto, un escritor de bandera, es decir, un escritor afortunado, un escritor de pelotas.

Tres meses más tarde, y ya sin un dólar, fui a ver nuevamente a Nelson con otro original bajo el brazo. Nelson vino hasta mí con los brazos abiertos.

Yo me aparté.

Si no me aparto, me mata.

Bueno, les quiero explicar a ustedes con detalle lo que sucedió, porque tengo la sensación de que no acaban de entenderme. Nelson tenía su despacho en el sexto piso de un edificio tronado de la Calle Treinta, y desde allí lo vi planear con los brazos abiertos y cayendo sobre mí. Por eso digo que, si no me aparto, me mata. Por lo visto acababa de cometer un pequeño error, y en lugar de salir de su oficina por la puerta había salido por la ventana. Son cosas que le pueden ocurrir a cualquiera.

Después de ver al pobre tío hecho una tortilla, después de llamar una ambulancia para que se llevara los restos y después de dar mi dirección a la poli por si querían que declarase, subí a la oficina donde yo había tenido la vaga ilusión de cobrar otro cheque.

Encontré a un tío de cien kilos que estaba poniendo en la puerta un letrerito que decía: «Cerrado por defunción.»

Daba la sensación de que el letrerito ya lo tenía preparado desde una semana antes.

El tío me miró y gritó:

—¡Joe!

Joe soy yo.

Yo quedé de piedra.

Porque era uno de los asesinos contratados por Mailer y que al final me habían invitado a café en el Bronx.

—¿Pero qué es esto? — farfullé.

—Chico, esta vez nos han pagado — fue todo lo que me dijo.

Y se largó.

Pero antes de que se abriera la puerta del ascensor se volvió hacia mí y me advirtió con voz metálica:

—No digas que me has visto o te juro por mi madre que contigo trabajaremos gratis.

Hice un gesto indicando que estaba dispuesto a no decir nada. Pero como aún tenía al gorila a poca distancia farfullé:

—¿Por qué lo has... has... has...?

—Debía dinero a la organización — me contó el gorila—. Montañas de dinero. Se le habían dado tres avisos y ni aun así pagaba. ¿Conoces las normas?

—Sí — dije—. R.I.P.

—Pues eso.

Recordé vagamente que Nelson apostaba fuerte a las carreras de caballos, que jugaba siempre de prestado y que solía gallear diciendo que contra él no levantaría la mano nadie. Esas cosas suelen acabar mal, ya me lo dijo el sheriff de Kansas City la primera vez que me detuvo por apuestas ilícitas, dos años antes. Lo que nunca supo fue que yo había apostado a que su mujer se acostaba con el ayudante. Y que había ganado la apuesta.

El ascensor ya había llegado. Las puertas se abrían. El gorila iba a desaparecer.

—Mac — dije.

El cabrón se llamaba Mac.

Me miró de soslayo.

—¿Qué?

—El tipo que acaba de volar era mi última esperanza.

—Lo siento. Pon tu culo en venta.

—Inútil. No lo quiere nadie.

—Si lo anuncias en los periódicos, tal vez... Prueba.

Y el muy hijo de puta añadió:

—Pero tienes que anunciarlo con foto, oye. De lo contrario, es inútil.

—Eres un... un...

—No te pongas así, Joe. Sé de buena tinta que aquí se establecerá pronto otro editor. Tal vez dentro de dos días. ¿Pues sabes qué te digo? Dentro de dos días vuelves aquí, llamas y le clavas el rollo.

Desapareció en el ascensor y, como era un hombre muy bien educado, dijo finalmente:

—Hala, a la paz de Dios.

Yo me tuve que largar.

En fin, que ya ven ustedes como estaba.

Sin un dólar en el país del dólar.

Mierda.

Pero al cabo de dos días volví a la que había sido oficina de Nelson. Sólo llegar a la calle ya me di cuenta de que Nueva York es una ciudad limpia, una ciudad que funciona. Del sitio en que se hizo papilla Nelson, habían limpiado casi, casi, la mitad de la sangre.

Subí a la oficina.

Entré sin llamar.

Y lo primero que vi fue una pareja haciendo el amor encima de una mesa.

Ella tenía las piernas muy largas y se las enroscaba al tío casi en el cuello. Fingía sentir un gran placer, aunque de vez en cuando volvía la cabeza para bostezar discretamente. El tío era un atleta, pero debía llevar cuatro polvos seguidos, porque el pobre se movía como si tuviera agujetas.

Había una cámara filmando.

Un pájaro que captaba el sonido.

El tío que estaba sobre la tía decía:

—¡Toma, toma, toma!

La tía que estaba debajo del tío decía:

—¡Más, más, más!

Llevaban media hora con lo mismo.

—¡Toma, toma, toma!

—¡Más, más, más!

—¡Toma, toma, toma!

—¡Más, más, más!

El del sonido, situado fuera del radio de la cámara, les amenazaba con el puño y les hacía señas para que cambiasen el rollo.

Pero ellos nada.

¿Qué quieren que les diga? A unos fulanos que llevan dos horas sobre la misma mesa, y a lo peor sin cobrar, no se les puede decir que tengan imaginación encima.

Sonaron entonces unas palmadas.

—Basta — dijo una voz femenina—. La película va a ser un fracaso. Ponéis el mismo entusiasmo que ponía yo con mi primer marido.

Y la directora, editora, productora o lo que fuese de aquel educativo filme apareció entonces en mi campo visual. No la había visto nunca.

Y me fijé inmediatamente en ella.

Olé mujer, oigan.

Si a mí me llegan a contratar para trabajar con ella, me paso una semana en la mesa.

Era alta, distinguida, esbelta, elegante. Tenía todo lo que hay que tener. Y llevaba unas gafas intelectuales sobre su naricilla, lo que ya era el colmo. Porque a mí me excitan las mujeres con gafas. Eso debe venir de mi niñez, cuando soñaba con tirarme a una maestra que no se las quitaba nunca.

Les dio unos dólares a cada uno de los dos actantes. Los dos salieron disparados, sin acabar de ponerse ni la ropa.

La editora preguntó:

—¿Por qué tanta prisa?

—¡Es que tengo que pagar el alquiler, o de lo contrario echan a mi mujer! — gimió el tío.

—¡Es que tengo que pagar el alquiler, o de lo contrario echan a mi marido! —gimió la tía.

El cámara y el del sonido también plegaban los trastos. El

despacho adquirió rápidamente una apariencia la mar de normal.

Pusieron sobre la mesa-campo-de-batalla un calendario y un retrato del presidente Carter y aquí no ha pasado nada.

La mujer, entonces, se fijó en mí.

Había que ver lo buena que estaba la tía.

Lástima que no trabajara como protagonista de sus películas, pero ya se sabe que uno no acaba de conocer nunca sus propias facultades.

Me miró de arriba abajo.

—Aceptado — dijo.

—¿Aceptado para qué? — musité.

—Vas a trabajar en mi próxima película.

—Ah, muy bien...

—Es un argumento la mar de sencillo.

—Ah, muy bien...

—Sólo se verá aquella puerta.

—Ah, muy bien...

—Por esa puerta sale un mulato y te empitona.

—Ah, muy mal...

La preciosa hembra me miró de soslayo.

—Bueno... — dijo, pensativamente—, también podríamos cambiar los papeles. Puestos a darte una oportunidad, vas y le empitonas tú a él.

—Es inútil — dije—. No sirvo.

—¿Pero no habías venido aquí a buscar trabajo?

—No de ése.

—¿Entonces quién leches eres?

—Me llamo Joe Franklin y soy novelista.

La chica demostró ser caritativa. Reaccionó como suelen reaccionar las personas nobles delante de los novelistas.

—Toma un dólar y cómprate un bocadillo — me dijo.

Acepté el dólar.

—Tengo mi orgullo profesional — dije de todos modos, para quedar bien—. Yo estaba en tratos con Nelson para publicar un libro.

—Pero Nelson ya no existe... Dicen que sufrió un accidente. Un mareo.

—Sí.

—Un corredor de apuestas me ha traspasado el negocio.

—Ah, ya veo... Y así se ha cobrado parte de la deuda.

—¿Qué deuda?

—Nada... — dije—. No lo entenderías. El caso es que tengo mala suerte y voy de mal en peor. Adiós.

Fui a largarme.

Pero ella se subió las faldas para tensarse una media.

Y por lo tanto ya no me largué.

—Quizá pueda darte trabajo — me dijo pensativamente—. Por cierto, no me he presentado. Me llamo Sarah.

—Encantado de conocerte, Sarah.

—Soy una buena directora de cine — susurró—. Bueno, pasable... Pero nadie me contrata. En Hollywood las pasé moradas.

—Tu caso no es único — dije, poniéndome en guardia.

Porque estaba convencido de que iba a pedirme que le devolviese el dólar.

—Al final me han encargado unas películas «porno» — explicó —, pero sin dinero y sin nada. Tanto que incluso hemos de trabajar aquí. Estoy hasta las narices y voy a dejarlo.

—¿Y qué harás? — pregunté.

—Editaré una revista de chicas.

—No me digas que vas a sacar el «Penthouse».

—No... ¡qué va! Una cosa muy modesta. Buscaré mujeres de la calle, modelos que no sean profesionales, lo cual tiene su encanto.

—Okay. ¿Y crees que eso es fácil? Los primeros strip-tease de éxito que se hicieron en este país también eran a base de chicas de la calle. «Strip-tease amateur» le llamaban. Luego resultó que, a la hora de la verdad, la que menos era presidenta del Sindicato de Exhibicionistas.

Sarah me miró con interés. Me dijo:

—Siéntate

Me senté de modo que la viera lo más perfectamente posible.

—¿Podrías buscarme mujeres si te diese una guía? —me preguntó.

—No me gusta el trabajo — musité.

—¿Tienes otro?

—No.

—Pues entonces te gusta.

Era una chica americana de las que hacen grande el país, no cabía duda. Me tendió una revista bien hecha, pero que yo no había visto nunca. Se llamaba «The Bed», lo cual significa ni más ni menos que «La cama». Norteamérica es el país de la democracia directa, ya lo saben ustedes.

Estaba atiborrada de publicidad. Publicidad cara y bien hecha. El importe de las páginas de reclamo valía ya una millonada de dólares.

Y luego venían las chicas.

Todas las páginas eran de chicas. Chicas solas, no parejas. Modelos. Muñecas. No era, pues, lo que se llama una revista «porno», ya que en éstas se requieren dos participantes como mínimo.

Todas eran muy guapas.

Muy jóvenes.

Casi perfectas.

Y se notaba que eran amateurs. Eso se huele. Las cámaras las habían recogido en sus propios hogares, generalmente, haciendo las cosas de la vida cotidiana. Que si me visto ante el tocador, que si me subo a una escalera y se me ve todo, que si me pruebo un ligero... Había otras más serias, como por ejemplo las propias chicas en el W. C. en actitudes muy íntimas, pero sin perder en ningún momento aquel cierto sabor hogareño. Incluso cuando las muñecas se ponían a lamer un plátano, cosa que hacían todas, parecía como si el sabor les interesara realmente. Y cuando se lo acercaban ingenuamente a un punto colocado entre las piernas, parecía de verdad como si se hubieran despistado y equivocado de sitio.

Sarah musitó:

—¿Qué te parece?

—Las chicas son estupendas —opiné—. Y el fotógrafo un artista. El ambiente de cosa espontánea e ingenua lo ha conseguido maravillosamente. Y eso es excitante para un hombre, digo la verdad.

—Claro... Me has comprendido —susurró Sarah—. Todos los fotógrafos del «Lui», el «Playboy», el «Penthouse» y demás, no han dado con ese pequeño secreto. Los ambientes de sus fotografías son un poco irreales. El hombre medio sabe que nunca va a tropezarse

con una maciza así. En cambio estas otras, no; estas otras parece como si te las fueras a encontrar en la cocina de tu casa.

—¿Y qué hay que hacer? — musité.

—Hablemos de negocios. Estas chicas no son profesionales. No las he visto en ninguna otra revista europea ni americana.

—Yo tampoco, aunque confieso que leo muy pocas.

—La revista «The Bed» pudo ganar una millonada. Mira la publicidad que tiene. Y, sin embargo, sólo tiró tres números mensuales y... ¡zas!... Se acabó. No lo entiendo. Prácticamente apenas se vendió en los quioscos.

—Quizás hubo divergencias entre los dueños y el negocio se fue al agua —opiné—. Esas cosas ocurren a veces.

—No, no... Yo pienso que no fue eso. Mejor dicho, no lo sé. Pero, por lo que parece, la revista estaba dedicada a la exportación. No me importa, ¿sabes? Su negocio es asunto suyo. Pero lo que yo quiero es conseguir las direcciones de esas modelos, porque con ellas se puede hacer algo formidable.

—Es buena idea — dije, pensando en voz alta—. ¿Y has realizado alguna gestión?

—Bueno... Como ocurre en muchas otras revistas, en ella sólo se da como dirección un apartado de Correos y un teléfono. Llamé a ese teléfono y me contestó un pájaro. Anotó cuidadosamente todos mis datos personales, pero al final me dijo que las direcciones de las modelos no me las podía dar. Vamos, que él averiguó todo sobre mí y yo no averigüé nada sobre él. De todos modos, es lógico porque las modelos forman parte de los secretos de una revista de ésas.

—Claro... ¿Y qué debo hacer?

—Te contrato para que las busques — musitó Sarah—. Es un trabajo interesante y cachondo. Quizá conseguirás meterle mano a alguna. Y encima te pagaré bien. De momento ya tienes un anticipo.

—¿Cuál? —farfullé.

—¿Ya no te acuerdas? El dólar...

Ahogué una maldición.

No supe qué hacer con Sarah. No supe si tirarla por la ventana o tirármela sobre la mesa.

Pero sobre la mesa estaba el retrato del presidente Carter, y a mí el presidente Carter me infunde muchísimo respeto, aparte de que mirándole la cara no se me levanta nada. De modo que decidí

dejarlo para otro día.

Además, no tenía ningún otro trabajo. Necesitaba aceptar.

—Ni siquiera sé si las chicas son de Nueva York — protesté, intentando sacarle tajada al asunto—. Pueden vivir en Los Ángeles, en Filadelfia, en Chicago... Necesitaré dinero para viajes, hoteles, restaurantes, gastos de representación...

—Narices — dijo ella—. El setenta por ciento son chicas de Nueva York, o al menos han sido fotografiadas aquí. Si no fueras idiota de nacimiento, te habrías dado cuenta ya. Mira los edificios que se ven a través de las ventanas de las habitaciones en que las fotografían.

Miré. Y era verdad.

El edificio de la Pan-Am. El Rockefeller, El Empire. El viejo Woolworth. El «skyline» de Central Park... Sí, eran fotos neoyorquinas y por lo tanto se podían seguir las pistas. Hice un gesto de asentimiento.

—Quizá sí — dije.

—¿Aceptas?

—Tal vez...

—Cien a cuenta para empezar.

Era una cifra tentadora, recordando la situación de mi estómago, pero aún estaba algo asustado, de modo que pregunté:

—¿No me ha de empitonar ningún mulato?

—No.

—¿Ni yo a él?

—No.

—Entonces acepto.

—Magnífico, Joe. Aquí tienes los cien primeros machacantes, el origen de una fortuna fabulosa que te convertirá en uno de los hombres más ricos de la ciudad. Espero que, para celebrarlo, me invites a cenar.

Por si ustedes no lo sabían, yo soy un poco idiota.

Dije que sí.

De los cien dólares, se me fueron cincuenta.

Y encima ella me dejó plantado cuando yo trataba al menos de meterle mano en el portal de su casa. ¿No han visto ustedes en las películas americanas que los chicos siempre les meten mano a las chicas en los portales de sus casas, después de invitarlas a cenar?

Bueno, pues yo no.

Pero no podía quejarme.

¡El porvenir era mío! ¡Tenía un trabajo!

Cierta vez leí un libro en el cual se decía que Henry Ford empezó con menos. Pero lo malo era que el libro lo había escrito el propio Henry Ford.

Me largué a mi casa.

CAPÍTULO II

LECHES. AL trabajo.

Daba por descontado que las chicas trabajarían durante el día en algún sitio y no iba a poder encontrarlas en su casa a horas laborables, de modo que empecé a buscarlas por la noche. Después de las siete, cuando las calles de Nueva York empiezan a llenarse de soledad, de silencio y de escaparates muertos, yo me lancé en su busca.

No sabía por cuál de ellas empezar.

Tampoco tenía ninguna pista, la verdad.

Las fotos no iban firmadas por nadie, de modo que hasta ese detalle me faltaba. La única dirección que constaba en la revista era, como me había dicho Sarah, un apartado de Correos. También figuraba el teléfono, pero me pareció inútil llamar a él, puesto que no me darían ningún dato, después de intentarlo Sarah.

Busqué al menos la dirección de la imprenta.

Una revista que no lleve pie de imprenta, es decir las señas del sitio donde la han hecho pasar por la rotativa, ya lo saben ustedes. Pero allí no figuraba nada de eso, lo cual era otro detalle que me hacía pensar: «Joe, te estás metiendo en un mundo desconocido.»

Pero yo ya había cobrado cien pavos a cuenta.

Tenía que seguir.

Uno ha de comer todos los días.

Ante tantas dudas, lo que hice fue meterme en un café de la Lover Bay, donde había un dueño mulato pero que no parecía tener el menor interés en empitonarme. Abrí la revista y empecé a examinarla hoja a hoja por enésima vez.

Debajo de las fotos había muy poco texto, y además escasamente ingenioso, como por ejemplo: «Aquí vemos a Annelise en el momento de sentarse en el bidé.» O bien textos bastante bastardos, como éste: «Annie demuestra en esta foto que su trasero necesita grandes cantidades de papel higiénico.» El que había redactado aquellos pies de foto no iba a ganar el Nobel, por supuesto, pero a mí me daba lo mismo. Lo único que estaba mirando ahora era el cuerpo de letra.

No me parecía normal.

Tenía la sensación de que estaba ante un tipo de letra muy anticuado y que las revistas ya no usan. Había que fijarse detenidamente en ello, pero acababa saltando a la vista.

Comprendí que se trataba de una pista muy bestia, pero había que seguirla. De modo que fui a ver a mi amigo Bert.

Buen tipo, mi amigo Bert. Un gran compañero. Un gran profesional. Un gran putero. Esa es su cualidad más apreciada.

Durante treinta años, Bert ha trabajado en la imprenta del «New York Times».

Ahora hace cinco años que está jubilado.

Pero aún no se lo ha dicho a su mujer.

El sale cada noche como quien va al trabajo. Hasta se lleva su bocadillo, el muy cabrón.

Tiene una negra con la que se está hasta las tres de la mañana.

Luego vuelve a su casa hecho polvo, quejándose de que se mata a trabajar y en cambio no le aumentan el sueldo.

De modo que fui a ver a Bert. No a su casa, claro, ni a la imprenta, sino a la habitación de la negra, claro.

La negra le estaba haciendo el boca a boca sobre la cama a ver si lo reanimaba. Pero era inútil. Bert debía llevar ya un par de polvos, y eso no hay linotipista jubilado que lo resista. El tío estaba en las últimas.

Sólo le faltó verme a mí.

Creyó que iba a pedirle dinero.

Intentó llegar a la ventana, confiando en que se trataba sólo de un segundo piso, pero le hice un placaje de rugby y le obligué a sentarse. Luego le puse la revista antes las narices.

Ya he dicho que las mujeres de las fotos estaban estupendas.

Bert, sólo mirarlas, se puso cachondo otra vez y la negra empezó

a gritar: «¡Milagro! ¡Milagro!»

No dejé tiempo a Bert para ir a por el tercero.

—Tienes que decirme si esta letra se usa aún — pedí—. Mira, ya sé que normalmente uno no se da cuenta, pero cuando un lector habitual de periódicos coge un día un periódico muy antiguo se da cuenta enseguida de algo. No sólo son distintos el papel y la confección, sino que la letra ha ido cambiando con los años. Por lo menos es una sensación que tengo.

—No te falta la razón. Los tipos de letra muy usados en una imprenta, como por ejemplo ese cuerpo diez, se desgastan en unos años y hay que cambiarlos. Entonces se suele elegir otro tipo más legible o más moderno.

—¿Qué tipo es éste?

—Una «Venus». También hay «Bodoni» en los títulos.

—¿Se usa actualmente este tipo?

—No es fácil. En todo caso lo tendrá una imprenta muy antigua, que trabaje poco. Una imprenta grande ya no. Quiero decir que la «Bodoni» y la «Venus» se siguen usando, pero con otro dibujo.

—De modo que un taller pequeño... ¿y dónde lo encuentro yo?

Mi voz estaba llena de desesperanza.

—¿Para qué lo necesitas? — farfulló Bert.

—He de encontrar a estas chicas.

—Leche, si es para eso te ayudo.

—Perfecto. Entonces, ¿dónde ha sido impresa esta revista, según tú?

La husmeó, la miró, estuvo a punto de hacerse una paja porque las chicas le gustaban cada vez más y al fin se reafirmó en su idea de que tenía que ser un taller muy antiguo. Pero un taller muy antiguo que tuviese además una excelente rotativa de huecograbado, lo cual ya no es tan frecuente. Por ahí podíamos encontrar algo, ya que quedaban eliminadas automáticamente tolas las imprentillas miserables de Nueva York. Había que ir a un sitio de cierta envergadura.

Al fin chascó dos dedos.

—Terry — dijo—. Seguro.

—¿Por qué?

—Porque tiene en su imprenta unos tipos de letra del año de Matusalén, porque hace poco compró una rotativa de hueco y

porque es un sinvergüenza capaz de saltarse todos los requisitos legales si el cliente le paga. Además es el único que con el hueco podría conseguir unas fotos tan perfectas.

Le contemplé con admiración; el tío, al menos, sabía su oficio. Le dije que le esperaría en la calle mientras metía el tercero con la negra. Salió diez minutos después arrastrando los pantalones con una mano.

—Leches, ¿aún estás ahí? —preguntó.

—Quiero que me acompañes a lo de Terry.

—No sé si podré andar. La negra me ha dejado...
¡Uuuuuuyyyy!

—¿Pero qué te pasa ahora?

—Ondia, ya había olvidado que encima es mi aniversario de bodas —gimió Bert—. Mi mujer me esperará esta noche y querrá que quede bien. ¿Qué chorras le digo?

No supe qué contestarle.

Le metí en mi coche, que aunque tiene los neumáticos reforzados con esparadrapo aún suele llegar sin novedad de la Calle Treinta a la Calle Treinta y Dos. Atravesando un Nueva York cada vez más sombrío, llegamos a la Avenida Once, a la altura de la Calle Trece.

Un sitio aristocrático, oigan.

Fino. Selecto. Tranquilo. Lo único malo es que no te puedes parar en ninguna esquina porque te atracan, y no te puedes volver de espaldas ni un minuto porque te empitonan. Sin embargo yo sé de un amigo mío, marica perdido, que lleva allí parado desde el año sesenta y ocho y nadie le ha metido mano todavía.

La imprenta ocupaba un bloque sombrío y hostil cerca del Hudson.

No trabajaba a aquella hora. Todo estaba oscuro, incluso el muelle de carga y descarga donde se alineaban los camiones. Yo distinguí una escalerilla metálica que llevaba al primer piso, pegada a la fachada, y se la indiqué a Bert.

—Voy por allí. Gracias por haberme indicado el sitio, Bert.

—No me voy aún. Te acompaño.

—¿Por qué?

—Me da miedo volver a casa, ¿sabes? A ver si mientras tanto se me ocurre algo.

—Como te parezca.

Subimos los dos. Había una puerta de hierro y cristal al extremo de las escaleras. Yo no he sabido forzar nunca una cerradura, pero Bert resultó un experto. Se había acostumbrado a forzar la de su puerta cada vez que su mujer le echaba de casa.

¡CRAC!

Un leve crujido y pasamos los dos.

Nos recibió un aire hostil en las naves vacías y silenciosas.

—¿Qué buscas exactamente aquí? — preguntó Bert.

—No lo sé aún. Quizá las direcciones de esas chicas, o al menos la dirección de los dueños de esta revista, que debe figurar en los libros de contabilidad. Echaré un vistazo por si tenemos suerte.

—No vale la pena contravenir la ley para una cosa así — farfulló Bert—, pero, en fin, si tú crees que no queda otro remedio...

No contesté.

Pasamos por un puente metálico que estaba encima mismo de la rotativa y vi las puertas de varios despachos.

—Nos repartiremos el trabajo — indiqué—. Tú mira en éste, yo en este otro.

—¿Con qué luz?

—Baja las persianas y las encendemos.

—Okay.

Nos separamos.

Yo me metí en una especie de sección de contabilidad donde había montañas de facturas. Las revolví durante varios minutos y entonces comprendí que no encontraría nada. Decidí pasar al despacho contiguo, el de Bert, por si él había tenido más suerte.

Puse los pies en el umbral.

—Eh, Bert...

Silencio.

Pestañeeé dos veces, sin comprender.

—Bert...

Nadie me contestó. A Bert se lo había tragado el aire. El viejo había desaparecido.

¿Por qué?

Quizá había encontrado otra negra.

Giré poco a poco sobre mis talones.

Tenía una sensación de frío en la espalda.

No entendía absolutamente nada. De pronto me pareció que me había metido en la propia casa del diablo.

Y entonces oí aquel grito.

Aquel grito de Bert que lo llenaba todo. Aquella desesperada petición de socorro que parecía llegar desde el fondo del infierno.

CAPÍTULO III

SALTÉ hacia la baranda del puente metálico y miré hacia abajo, hacia la rotativa y juro por los años de vida que me quedan que nunca había visto una cosa igual.

Bert estaba abajo.

No se veía a nadie más que él.

Estaba junto a uno de los rodillos de la rotativa, chillando desesperadamente.

Y no pude comprender lo que le pasaba hasta que me di cuenta de que tenía una de las manos sujeta entre dos de los enormes rodillos, como si sus dedos fueran el papel que pasa a gran velocidad entre ellos para ser impreso. Era igual que si su mano hubiera caído en un cepo monstruoso.

—¡Sal de ahí! — grité—. ¡Si la rotativa se pusiera en marcha te engulliría el brazo!

Él lanzó un grito de horror. De pronto Bert ya no parecía un viejo, sino una cosa muy distinta. Lloraba como un niño.

¿Cómo demonios se había metido allí?

Fui a saltar para ayudarle.

Y en aquel momento el que lancé un grito de horror fui yo.

Porque en aquel momento... ¡la rotativa se puso en marcha!

Los dos cilindros se tragaron instantáneamente el brazo de Bert.

Sonó un alarido espantoso.

El resto del cuerpo no pudo pasar, pero el brazo fue succionado, machacado, pulverizado hasta el hombro. La sangre saltó en todas direcciones. La rotativa entera chirrió como un monstruo a punto de partirse cuando los rodillos encontraron aquel obstáculo.

Luego se paró automáticamente.

Yo estaba apoyado en la barandilla, boqueante, sintiendo en los músculos una especie de descarga eléctrica.

Mi propia respiración me quemaba.

Como en una pesadilla, oí en aquel silencio atroz el gotear de la sangre de Bert.

Ya no podía hacer nada para salvar al viejo. Las grandes arterias estaban destrozadas. Se desangraba con rapidez.

Yo jamás había visto una ejecución tan salvaje como aquella.

Porque Bert no tuvo la suerte de perder el conocimiento. Durante unos segundos, el dolor le impidió gritar y fue entonces cuando yo oí gotear su sangre. Pero luego lanzó otro alarido espantoso mientras miraba las enormes piezas que habían estado a punto de engullirle, aquella máquina monstruosa que había convertido en polvo una cuarta parte de su organismo. Intentó salir de allí... ¡y escapó!

Pero fue algo más terrible aún.

Porque yo lo vi desde arriba.

Bert había logrado librarse de la terrible máquina a causa de que ya no tenía brazo. Le vi andar unos pasos, tambaleándose, mientras su hombro destrozado despedía sangre como una manguera. Me miró y yo jamás olvidaré su mirada. Sentí que la angustia y el horror me llegaban hasta los huesos.

De pronto, Bert se derrumbó para siempre.

Suerte.

Intenté volver la espalda para largarme de allí, pero entonces los vi aparecer.

Eran dos.

Tenían aspecto de gorilas y hubieran hecho estremecer a cualquiera en un ring de lucha libre. Acabar con Bert, que era un viejo y encima había llevado una noche de alivio con la negrita, debió ser para ellos un juego de niños. Pero yo no me había zumbado a la negrita y además era más joven, de modo que me dispuse a defenderme.

No es que yo sea un héroe. ¡Qué puñeta voy a serlo!

Sentía más miedo que el que debió sentir Bert, pero cuando a uno le acorralan tiene que salir de alguna manera, y aquellos dos tiburones se me acercaban uno por cada lado de la pasarela

metálica. No llevaban armas visibles, pero estaba claro que podían matarme con sólo tomarse la molestia de lanzarme de cabeza contra el suelo, de planchas metálicas de abajo. Luego harían desaparecer nuestros cadáveres de cualquier modo. Por ejemplo hundiéndonos en sosa cáustica y luego arrojando lo que quedara al Hudson, sin posibilidad humana de que llegase a identificarnos nadie.

De Bert y yo jamás volvería a saberse nada. Dos desaparecidos más en la inmensa Nueva York. ¿A quién le importaría eso?...

Al menos me importaba a mí, que cuerno.

Fui a por el primero, el de la derecha.

No me quedaba más remedio que tomar la iniciativa. Si fingía ser yo el que iba a cargárselos por la vía rápida, quizá les sorprendería.

El gorila al que tuve que elegir venía muy tranquilo. Estaba completamente seguro de su fuerza.

Pero pestañeó, al verme atacar. No lo esperaba. En especial cuando vio que yo hacía gestos de kung-fu que había aprendido en una película.

Saltó de costado mientras gritaba:

—¡Nick!

Nick tenía que ser el otro.

Al ver a su compañero en un posible apuro, el tal Nick se lanzó. Venía ciego. Tuve el tiempo justo para lanzarme al suelo y rodar por él mientras los dos gorilas chocaban en el aire.

Lanzaron un doble gruñido, porque no habían esperado aquello. El choque había sido tan fuerte que por un breve momento quedaron al borde del K.O.

Yo me lancé entonces de nuevo. Era la desesperación lo que me daba fuerzas. Sabía que no tenía que pensar, porque si me detenía a pensar un solo segundo estaba perdido. No me quedaba más remedio que moverme, moverme a una velocidad de vértigo... ¡y atacar! Ataqué.

Bueno, quizá ustedes pensarán que aquello no fue limpio.

Darle en los huevos a un tío no resulta muy elegante,

Pero ya me explicarán qué iba a hacer. Ellos, en cambio, no podían darme en los huevos a mí, porque en aquel momento no me los hubieran encontrado.

El pájaro al que había alcanzado se puso a aullar.

No se pudo ocupar de defenderse.

Yo le sujeté entonces por uno de los tobillos, con una rapidez instantánea y antes de que su amigo reaccionase. Tiré hacia arriba con todas mis fuerzas, levanté al tío y lo arrojé por encima de la barandilla. Ya he dicho que el suelo de abajo estaba formado por planchas metálicas.

Se oyó un gruñido.

Y un siniestro «CLOOOOCK».

El pájaro se rompió el pico para siempre.

Pero quedaba el otro.

Le vi sacar de pronto una navaja de resorte con la que hubiera podido desollar un buey.

Se acordó de mi madre.

Yo me acordé de la suya.

Pero este empate a uno no debió satisfacerle, porque entonces empezó a acordarse de mi padre que a lo mejor era también el suyo, vaya usted a saber. Se lanzó a fondo para darme un «viaje».

Pero lo que tiene de bueno vivir en pensiones baratas, como vivía yo, era que los clientes —todos ellos gente muy recomendable— te enseñan los trucos. Cuando el compadre viene a por ti hay que saltar hacia atrás si tienes espacio, y cuando el tío siga —porque jamás frenará la carrera— estará durante algunos segundos en una mala posición de equilibrio. ¡Aprovéchalos!

¡No pienses en nada y aprovéchalos!

Eso hice. Salté primero hacia atrás, salté luego de costado y di un puntapié tras la rodilla derecha de mi enemigo, que venía como un obús. Le vi caer de rodillas mientras él mismo se abría la mano con la navaja.

Traté de darle un puntapié en la nuca.

Fallé.

El gorila empezó a levantarse.

Y yo comprendí que tenía que hacerle caer de nuevo, en cuestión de segundos, o estaba perdido. Entonces me acordé de un compañero de pensión que era marica perdido y que también me había enseñado su manera de pelear: «A mí al que me engañe con otro voy y lo arrastro por los pelos y le llamo macho guarro, macho guarro, macho guarro...»

No llamé macho guarro al gorila, pero por los pelos lo arrastré,

eso sí.

El tío chilló de dolor y trató de asestarme un navajazo en la mano. Era lo que esperaba. De cien hombres en aquella posición, noventa y nueve se hubieran defendido así.

Le solté en aquel momento.

Él sabía que mi mano —la cual le era imposible ver— tenía que estar allí, donde sentía el tirón de los pelos y hacia donde dirigió la navaja. Pero en lugar de la mano encontró entonces su cabeza.

Se dio el navajazo él mismo.

Claro que su cabeza debía ser de corcho y por eso no se mató, pero quedó aterrado durante unos segundos viendo saltar su propia sangre. Soltó la navaja para llevarse las manos a la cabeza, sin saber lo que le pasaba.

Estaba al lado mismo de la barandilla, y no me costó apenas trabajo empujarle con toda la fuerza de mis pies. Se sujetó a los hierros como pudo, mientras aullaba, pero con su propia navaja le corté dos dedos. Fue la cosa más vil y asquerosa que me he visto precisado a hacer en mi vida. Volvió a acordarse de mi madre y yo estuve a punto de hacer lo mismo. Me estaba comportando como un auténtico hijo de puta.

Pero no me quedaba más remedio.

El tío, que colgaba de la barandilla, le faltaron repentinamente dedos para sujetarse. Cayó lanzando un alarido.

Pero no sobre el suelo.

Sobre la rotativa.

Le vi rebotar entre los cilindros y caer entre unas tejas de impresión ya preparadas. La sangre saltó de un lado a otro de la inmensa máquina cuando su cabeza se hizo pedazos. Ni siquiera tuvo tiempo de gritar.

Yo respiré agitadamente.

Sentía una arcada en el estómago.

Pero, poco a poco, recobré la serenidad y me di cuenta de lo que había hecho. Como un autómatas descendí a la planta baja.

Junto a la rotativa estaban las pruebas de la revista que se disponían a imprimir. Se titulaba: «AMOR EN LA IMPRENTA».

Por poco me mareo y me voy escaleras abajo.

CAPÍTULO IV

SARAH me había dado su dirección.

Sarah me había dado la llave de su apartamento por si tenía algún problema muy urgente.

Sarah estaba en la cama.

Sarah le quitaba la piel a un plátano cuando yo entré.

Lanzó un grito.

La verdad era que una mujer como ella sólo tenía que hacer una seña para que la siguiese a su dormitorio toda la Brigada Ligera, pero Sarah nunca hacía señas a nadie. Con el tiempo me iba dando cuenta de que, en el fondo, era una chica acomodada y tímida.

—¿Qué haces aquí? — gimió.

—Debe de ser el Destino — dije.

—Sí — arguyó Sarah—, tú tienes justo lo que yo andaba necesitando.

Y arrojó el plátano. De pronto, su interés por las frutas tropicales había decaído muchísimo.

Ya sé que ustedes me llamarán idiota, porque cualquiera que tuviese una mujer como ella así, en aquella postura, se habría lanzado de cabeza, pero yo no pude. En primer lugar quizá me fastidiaba, en mi inconsciente, ser el sustituto de un plátano, pero en segundo lugar — y eso era lo más importante — el plátano tenía mucha más consistencia que la cosa que había de sustituirle. Estaba deshecho, sin capacidad para fijarme ni siquiera en las curvas fabulosas de la mujer.

—Sarah — musité.

—¿Qué pasa?

—Prepárame un whisky.

—Luego — dijo, mientras se empezaba a pasar los dedos por la parte superior de los muslos.

—No. Tiene que ser ahora.

—Te advierto que en diez años no me volverás a atrapar en un momento así. Ni siquiera sé lo que me pasa. De modo que, o aprovechas ahora, o ya puedes ingresar en la cartuja más próxima.

—He estado a punto de ingresar en el depósito de cadáveres — barboté,

—Pero... ¿qué dices?

Supe descubrir el mueble-bar, ya que no había descubierto otras cosas más importantes pese al interés de Sarah por enseñármelas. Me preparé un trago capaz de desteñir las paredes y luego tuve fuerzas para decir:

—Todo esto es un sucio juego de asesinos, Sarah.

—¿Qué?

—Hay una legión de cabrones que se bañan en sangre.

—No te entiendo... A ver, explícate.

Lo hice. Le expliqué mi primera pista, que partía de un tipo de letra no usual hoy día. Le expliqué cómo había llegado a la imprenta de Terry. Cómo había visto morir al pobre Bert. Como yo mismo había estado a punto de terminar convertido en papel de fumar entre los rodillos de una rotativa.

Ella me escuchaba asombrada.

Al final balbució:

—¿Por qué?

—Eso es lo que pregunto yo, Sarah.

Ella reflexionó velozmente. Parecía buscar una explicación, pero no la encontró. Al final, como era una mujer práctica, dijo:

—Te aumentaré el sueldo.

—Eso no arregla nada, Sarah.

—Te daré una foto mía enseñando el culo.

—Cuando me recupere puede que me sirva, pero lo que es ahora...

—Eres pura chatarra, Joe.

—Bastante hago con estar vivo.

—Al menos habrás tenido la precaución de borrar tus huellas, ¿no?

—Claro que lo he hecho. Por eso no te preocupes.

—Además habrás registrado a los muertos, supongo.

—Naturalmente. Hay cosas que no olvido.

—¿Quiénes eran?

—Tengo sus documentos aquí. Los podemos mirar y quemarlos luego, porque nos comprometen. Pero te anticipo que no explican nada, salvo que esos pájaros vivían de la Asistencia Pública que paga el municipio de Nueva York. Ya sabes: buitres que aseguran no tener trabajo y con lo del subsidio disponen de una coartada para justificar su modo de vida. Luego disponen de todo el tiempo libre para su verdadera tarea.

—¿Asesinos profesionales?

—Sí, pero de baja estofa. De lo contrario, estoy seguro de que no hubiese podido acabar con ellos.

—¿Y quién los paga?

—No lo sé.

—¿Por qué hacen eso? ¿Qué puede haber detrás de una revista que, al fin y al cabo, no tenía más misión que hacer que se les empinara a los oficinistas? Nada de esto tiene lógica, Joe. Nada...

Hice un gesto afirmativo.

Pero ahora mi rostro había cambiado. Ahora en mis ojos, en mis gestos, brillaba la más absoluta decisión.

—Continuaré — dije.

—No lo hagas, Joe. El dinero que yo te pueda pagar tampoco vale gran cosa la pena.

—No es por eso.

—¿Pues por qué?

—Por Bert. La cosa tiene un nombre: Bert. Era un pobre tipo, un buen amigo, uno de esos que te dejan sus propios pantalones si te hacen falta. No olvidaré su muerte y no consentiré que esto quede así.

—Sus asesinos ya lo han pagado, Joe.

—No. Ellos eran unos simples comparsas. Tiene que haber alguien más arriba.

—¿Por lo tanto... vas a seguir?

—Sí.

Ella me estrechó la mano.

Supongo que se había olvidado ya del asunto de la revista. El

dinero no le importaba. Pese al peligro, ella también ansiaba seguir.

Su mano era de piel fina y suave.

Sus dedos eran juguetones.

Las curvas que había muy cerca estallaban sobre la cama.

Yo noté que resucitaba. Noté que me iba animando.

«Milagro», pensé.

—Me quedaré aquí esta noche, si no te importa —dije, arriesgándome a acariciar sus muslos.

Pero, inexplicablemente, ella se retiró.

—Se me han pasado las ganas —dijo.

—Pero, mujer...

—Hablemos de lo que interesa.

Lo que interesaba, por lo visto, eran las investigaciones y los crímenes. Hice un gesto de fastidio aunque no sé por qué había de extrañarme tanto lo que pasaba. Las mujeres son así. Su sexo lo pintan calvo. De modo que, o las agarras por el pelo en el momento oportuno, oportuno, oportuno o... ¡zas! Son ellas las que ingresan en la cartuja más próxima.

—Leches —refunfuñé.

—Déjame sola, Joe. He de pensar.

—¿Y no podemos pensar juntos?

—En lo que tú piensas ahora, no.

La cosa estaba negra. De modo que para pasar allí la noche mirándola, decidí largarme.

Pero me vengué de Sarah de la forma más abyecta, despiadada y cruel. Ahora sí que la dejé sola para toda la noche.

Porque me comí el plátano allí mismo.

* * *

A la mañana siguiente, después de una noche de dormir peor que un perro en una verbena, comprendí que tenía una nueva pista: los anunciantes. Ellos sabrían con quién habían contratado los reclamos para «The Bed», y por lo tanto podrían darme direcciones útiles que seguramente llegarían hasta muy arriba.

Pero primero, mientras me duchaba y tomaba mi primer whisky del día, escuché el boletín de noticias de la radio. Los diarios no habían podido recoger la noticia de las muertes en la imprenta de Terry, debido a la avanzada hora en que se produjeron, pero la radio sí que estuvo en situación de darlas a primera hora de la

mañana. Por lo visto, los obreros que entraron en el primer turno habían descubierto el mejunje.

Quedé algo más tranquilo al oír que las noticias no señalaban ninguna pista. Como los dos muertos eran maleantes habituales, la liquidación del pobre Bert se atribuía a algún extraño ajuste de cuentas. Claro que la policía no era tonta y enseguida se daría cuenta de que Bert, con medio cuerpo deshecho, no pudo matar a los dos pájaros, y que los dos pájaros, una vez muertos, tampoco pudieron medio deshacer el cuerpo de Bert. Eso significaba la intervención de un tercero, servidor de ustedes, y todos los polis de la ciudad lo buscarían. Pero, por el momento, nada me ligaba a mí con aquel misterioso asunto.

Me vestí y salí.

Hacía un bonito día.

Desayuné en la Séptima, cerca del Hotel Statler Hilton, una coca cola y un perro caliente, además de un café. Luego me fui a Lexington Avenue.

Allí tenía su sede comercial uno de los anunciantes. Eran unos tíos que fabrican la pasta de dientes quizá más vendida de América.

Por descontado, me hice pasar por agente publicitario que buscaba anuncios para una nueva revista de alcoba.

El tío que me recibió se hurgaba las caries de los dientes con un palillo.

—Nada de nada —dijo apenas me senté—. Nosotros no anunciamos en esas sucias revistas.

Y para demostrar que había pasado unas vacaciones en París, añadió:

—*Rien de rien. Salope, merde, non va plus.*

El sabría lo que quería decir, pero yo fingí quedarme muy impresionado.

—Sin embargo, hay una contradicción —expuse—. Ustedes anunciaron en «The Bed», que es una revista *salope, merde*.

Y le enseñé la página entera en la que se decía que la pasta dentífrica tal era irresistible. Que si uno la usaba por las mañanas, le bastaba subir al autobús para tirarse a todas las mujeres que iban en él, y hasta al conductor si quería. Ya saben ustedes que las técnicas publicitarias norteamericanas para hacer soñar a la gente no conocen límites.

El tío quedó amarillo.

—¿Nosotros hemos anunciado ahí? —preguntó.

—Ya lo ve.

—No puede ser. Debe haber un error. Espere.

Y fue a la oficina de contabilidad para repasar las facturas. Al cabo de unos minutos volvió diciendo:

—Eso es un insulto. Jamás hemos tratado con esa revista, y ni siquiera sabíamos que existía. Lo han hecho sin nuestro permiso y, naturalmente, sin cobramos nada, pero utilizándonos como reclamo.

—¿Qué quiere decir? —pregunté, olvidando que yo era un «experto» publicitario.

—Lo elemental: que luego van enseñando esa revista por ahí, y como nosotros somos una casa importante, hay otras casas importantes que pican. Anuncie usted la «Ford» y verá como la «General Motors» también se anuncia, para no dejar a la competencia el terreno libre.

Estaba claro.

Los anuncios de «The Bed» debían ser falsos. No producían más que gastos. Ni un dólar de ingresos.

Pero entonces, si la revista no percibía nada por publicidad, ni iba a los quioscos, ¿de qué puñeta vivía?

Dije:

—Gracias.

Y me largué.

Mi cabeza era peor que una cama redonda, de esas en que no sabes si metes mano a tu mujer, a la vecina o al marido de la vecina que acaba de enterarse del lío y viene con una escopeta cargada.

Pero necesitaba asegurarme. Lo de la casa de dentífricos podía ser una casualidad. De modo que eché un vistazo a otro de los anuncios y fui a la casa donde se fabricaban aquellos productos.

Lincoln Center.

No era mal sitio, desde luego.

Aunque el edificio en que me metí no era la fábrica, por supuesto, sino el centro de promoción publicitaria y comercial. Empecé a darme cuenta de que me había equivocado al elegir aquel anunciante cuando una radiante señorita que lucía sus piernas ceñidas por medias negras me preguntó sin rodeos:

—¿De cuánto la tiene usted?

—¿El qué?

—Su miembro viril, hombre... ¿Cuánto mide?

Me quedé helado.

—Pues, la verdad... Nunca se me había ocurrido...

Me echó un vistazo de experta.

—Veinte centímetros como máximo en pleno funcionamiento —
decidió—. Usted necesita nuestra crema «Luí».

—¿Para qué?

—Veinticinco centímetros asegurados en dos semanas —
garantizó.

—¿Y... y cómo se prueba eso?

—No se preocupe; se lo pruebo yo misma.

Estuve a punto de caer. Un poco más y me aplico la pasta «Luí»
allí mismo, casi en el pasillo.

Pero, por desgracia, tenía otras cosas en que pensar, de modo
que musité:

—Verá, yo quisiera hablar con el jefe de publicidad.

Hizo un gesto de desencanto y gruñó:

—Bien mirado, no debe tener usted más de quince centímetros.

Pase.

Me metió en un despacho.

La jefe de publicidad también era una chica que llevaba medias
negras.

De golpe y porrazo me preguntó:

—¿Cuánto duras, colega?

—¿Qué?

—Elemental: te estoy preguntando cuánto puedes resistir con
una mujer, dándole satisfacción a ella, antes de quedar tú hecho un
higo.

—Pues... pues no sé... Nunca se me ha ocurrido llevar un
cronómetro.

—Deberías hacerlo. Para una mujer moderna y ávida de gozar la
vida, es muy importante que el tío le dure. Vamos, que le garantice
un buen servicio sin averías después de casarse con él. Tú... vamos
a ver... Tienes una planta nada desdeñable, pero me parece que
debes ser algo flojo. Cinco minutos máximo.

—A veces menos — confesé.

—Lo ves... Eres una mierda. *Einen grossen Kaken*. No te quedará más remedio que usar nuestro producto «Duratil» si quieres hacer un papel digno en la cama. A la tercera aplicación, uno ya funciona media hora.

—Eso no tiene mérito — dije—. No hacen falta productos de esos. Yo tengo un amigo que, sin tomar nada, funciona dos horas y no hay modo de que termine.

—Ah... ¿sí? ¿Y qué edad tiene tu amigo?

—Setenta y cinco años.

La chica por poco me mata.

De todos modos, hube de comprar una caja completa de sus productos afrodisíacos para que me soltaran un poco de información. Resultó que ellos nunca habían anunciado en «The Bed», aunque era verdad que se anunciaban en otras revistas del ramo. «The Bed» ni siquiera lo conocían. Sin duda habían incluido el anuncio en sus páginas como cebo para otros fabricantes de productos parecidos.

El mismo caso anterior. Ahora ya no me cabía ninguna duda razonable de que toda la publicidad de la revista era fantasma.

Eso me planteaba dos nuevos elementos negativos en la investigación:

Primero, no sabía dónde diablos estaba el negocio de «The Bed».

Segundo, la pista de los anuncios no me servía.

Había que empezar de nuevo.

¿Cómo?

Mientras lo pensaba, me fui a hacer una visita a la única amiguita que tengo en Nueva York, una portorriqueña muy amable que me permite dormir en su cama cuando ella no tiene nada mejor que hacer. Hubo suerte, porque ese día debía haber terminado antes su trabajo y estaba tendida en la cama mientras leía el anuncio de un vibrador eléctrico.

La pesqué en un buen momento, vaya.

Cargado con mi caja de productos infalibles, anuncié:

—Espera. Vamos a pasarlo bomba.

—Pues será la primera vez...

—Caray... ¿Es que te he decepcionado en otras ocasiones?

—No, pero tampoco me has hecho pedir socorro, esa es la verdad. Y una tiene sus ilusiones, macho.

—Espera. Con todo esto que llevo, va a ser algo glorioso.

—¿Qué he de hacer? —preguntó la portorriqueña, que era una chiquita con la mejor voluntad del mundo.

—Ante todo, busca una cinta métrica.

La buscó.

Yo ya me había aplicado el primer producto.

Pero nada.

Aquello estaba más bajo que nunca.

La chica movió la cinta métrica.

—Será para medirme los pechos yo —dijo—, porque lo que es para medirte a ti eso...

—Caray, no sé qué pasa.

—Chico, funciona de una vez y déjate de tonterías, que estamos a día uno y a este paso nos van a encontrar así cuando vengán a cobrar el alquiler del mes que viene.

—Tienes razón — dije—. Se agradece.

Y traté de funcionar.

Nada.

Nada...

¡Nada!

Ella gimió:

—¿Pero qué te pasa?

—No lo sé... Aunque... ¡Demonios, ahora lo entiendo! ¡Claro que lo entiendo! ¡Me he equivocado de producto!

—¿No te has puesto el de crecer?

—No Me he puesto el de no terminar.

—Pues cambia, hombre, cambia...

Cambié.

La verdad era que surtía efecto. A mí mismo me pareció ser otro hombre, pero sólo en cuanto al aspecto exterior, porque lo demás seguía peor que antes. No había manera. Ella lo encontró estupendo al principio, pero al cabo de media hora de estar en la cama miró su reloj y dijo:

—Termina. Me he de ir.

—¿Por qué?

—¿Por qué crees que me has encontrado a esta hora aquí? Hoy trabajo en el turno de tarde y ya no voy a llegar a tiempo. Y como no hay modo de que tú termines...

—Bueno, pues lo intentaré — dije, lleno de buena voluntad.

Ella se impacientó de veras.

—Termina — dijo con voz cariñosa, al cabo de unos minutos.

Y después:

—Termina, pesado — añadió con voz más áspera, algo más tarde.

Y al fin:

—¡Termina, cabrón!

Me tuve que ir sin hacer nada. Como soy un chico educado, no iba a permitir que ella llegase tarde al trabajo.

Lo malo era que la longitud no disminuía.

No había manera.

Ni con el pantalón puesto había modo de salir a la calle.

La chica me tuvo que prestar un abrigo de su hermano para disimular. Y como no llevaba el coche, pasé mis apuros en el autobús. Un poco más, y me hacen pagar dos billetes.

CAPÍTULO V

INTENTÉ resumir la situación. Dicen que los grandes detectives hacen eso.

Pero si a ellos les daba la cosa el mismo resultado que a mí, iban listos. Porque las conclusiones que saqué eran negativas del todo:

Primero, no había pista por los anuncios.

Segundo, no había pista por la distribución de «The Bed», que al parecer no se había vendido apenas en ninguna parte.

Tercera, no había pista por las modelos, que no aparecían en ninguna otra revista más.

O sea que ahora yo no sabía por dónde seguir.

Pero al mismo tiempo se me planteaba una pregunta elemental y que no tenía respuesta: ¿Qué buscaba la gente de «The Bed»? ¿Cuál era su negocio?

¿Y qué negocio tan importante era que les aconsejaba llegar hasta el crimen?

Porque por eso no me había acercado yo más a la imprenta de Terry. Sabía que me estarían esperando para liquidarme en cuanto asomase las narices por allí. Y tampoco me atrevía a ir a la bofia con el cuento porque yo había matado a dos hombres.

Dos hombres que no quedarían sin venganza.

Seguro que sus compañeros me buscaban.

Nueva York se había transformado para mí en una selva.

Pero, curiosamente, fue eso lo que me dio fuerzas: la sensación de que estaba perdido si no atacaba antes que los otros. Eso y el deseo casi rabioso de vengar a Bert.

De modo que seguí.

Ustedes se preguntarán cómo.

Tuve la inspiración a la mañana siguiente, mientras me bebía bajo la ducha mi primer whisky de la mañana y trataba de echar agua fría en cantidad sobre el periscopio a ver si se bajaba de una vez. Pero que si quieres.

Estaba mirando la revista abierta en el suelo del cuarto de baño.

Los edificios que se veían desde las ventanas junto a las cuales estaban las modelos.

Sarah me lo había hecho notar el primer día: «Burro, ¿no ves que las fotos están tomadas en Nueva York? ¿No conoces los edificios?»

Mientras me secaba, di vueltas a eso. Elegí especialmente una foto en la cual se veía a una chica acariciándose el sexo junto a una ventana cuyos cristales transparentaban la mole del Empire State.

Hice cálculos. No en vano, la gran torre del Empire me es muy familiar.

En la foto se veía el lado oeste de la torre.

La distancia correspondía a unas cinco cuadras.

Por lo tanto la foto debía haber sido tomada en las Avenidas Once o Doce. Y seguramente a la altura de la Calle Treinta y Tres.

Ya tenía una pista.

Reconozco que era frágil como una burbuja de jabón, pero me dispuse a seguirla. Tomé mi máquina fotográfica, que me iba a servir para comprobar los enfoques, y salí.

Fue un trabajo de chinos.

Ocupé en eso un día entero.

En todas las habitaciones de la zona que estaban por alquilar me metí con el cuento de que tal vez me interesaría quedarme con ellas. Miré a todas sus ventanas, en dirección al Empire Estate, intentando ver si alguna de ellas era la de la foto.

Cuando no había habitaciones por alquilar, subía a los terrados de las casas diciendo que era inspector arquitecto municipal. Así me recorrí nada menos que unas veinte casas, desde una de las cuales tenía que haber sido tomada la foto.

Cayó la tarde. Las sombras empezaron a insinuarse.

Pero yo cada vez me sentía más seguro de estar en el buen camino. Por fin, cuando fingía revisar uno de los terrados, tuve la absoluta convicción de haber dado con la casa. Todos los edificios y

ángulos que se veían desde allí eran los que aparecían en la foto. Sólo que el plano se tomó no desde el terrado, sino desde un par de ventanas más abajo.

Me incliné sobre el borde para mirar.

Infiernos... ¡si estaba allí! ¡Tenía que ser la segunda a mí izquierda!

—¿Está desocupado ese piso? — pregunté a uno de los vecinos, que me había acompañado.

—¿Es que quiere alquilarlo?

—Busco un estudio por esta zona. Me gusta.

—Pues ese piso concreto no puede ser, pero tampoco le va a ser imposible entrar en él, si tiene interés. La inquilina se lo enseñará con mucho gusto.

—¿Por qué?

El tío me guiñó un ojo.

—También le enseñará los pechos y algo más... pagando cincuenta dólares —me dijo.

Lo entendí.

—¿Es una prostituta?

—Y no de las malas. Yo no he podido estrenarla porque mi mujer está en el piso de abajo y... ¡menuda!

—No tengo trato con prostitutas —dije, con aire de dignidad ofendida.

Pero tenían ustedes que haberme visto luego. Vaya leches de tío.

Me planté en un bar que estaba casi en frente y esperé. Tuve la sensación de que todo Nueva York pasaba por la calle, pero ni una tía con cara de furcia. Eran ya casi las diez de la noche cuando la vi aparecer.

Tenía que ser ella.

Buena planta, pantalones ceñidos, trasero desafiante, pechos tan salidos como un mascarón de proa. A mí, la verdad, no me gustan las mujeres con pantalones, pero con ésta no iba a pararme en detalles, de modo que fui. Además tuve suerte porque esperó unos instantes en el portal, como si otease la posible caza.

—¿Mucho trabajo? —pregunté.

—Psché. Ya voy de retiro — contestó, mirándome de soslayo y tratando de calcular mis ingresos de fin de mes.

—Aunque vayas de retiro, supongo que no te vendrá mal

ganarte cincuenta dólares.

—Dalos por gastados. Ninguna mujer escupe sobre el dinero, macho.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—No le haría ascos a despachar el asunto en tu piso —dije—. Los hoteles de esta zona de Nueva York son asquerosos.

—No hay problema —susurró ella—. Arriba tengo un nidito. Hala, sube.

Le miré la grupa mientras oscilaba al precederme por las escaleras. Era una grupa de consideración, se lo aseguro a ustedes. Los pantalones en las mujeres son una lata, porque impiden meter mano, pero al menos es evidente que han resucitado las líneas femeninas de atrás. Eso tenía yo ganado.

Entramos en la habitación.

—Págame —dijo—. Estoy loca por ti, amor. Lo haría desinteresadamente, pero la vida está muy dura. Escupe cincuenta dólares.

Se los di. Aunque eran casi los últimos que me quedaban, no me di ni cuenta. Toda mi atención estaba como magnetizada por aquellas paredes, por aquel clima, por aquella ventana.

Sobre todo la ventana.

Creía estar viendo la foto de la chica pasándose el dedo por el sexo.

Era la misma. ¡La misma!

¡Ya tenía al menos una pista! ¡Había logrado dar con el sitio! ¡Un camino se abría ante mí!

Ella susurró:

—¿Qué te pasa?

—¿A mí?

—Sí. En lugar de mirarme las tetas miras la ventana.

Y no era para menos. El Empire State, el relieve de los edificios cercanos, hasta el empapelado de las paredes... ¡Todo!

—Pensaba que debíamos bajar la cortinilla —dije.

—Sí, claro, tienes razón.

La bajó.

Luego empezó a desnudarse.

Yo no tenía ganas de mujer. No tenía ganas de nada. Mi cabeza

era un volcán que iba a estallar.

—¿Cómo te llamas?

—Lina.

Lina tenía buenas piernas. Tenía buena retaguardia. Tenía todo lo que una mujer necesita, pero yo no podía olvidar que estaba allí por otra razón. Mis pensamientos me hacían daño, me obsesionaban.

—¿No te desnudas? — preguntó, mirándome con curiosidad.

—Sí... sí, claro. ¿Hace mucho que vives aquí?

—Un par de meses.

—¿Y antes quién vivía?

—¿Qué importa eso, macho? ¿Has venido a trincar o a hacer una encuesta sobre la gente de este barrio?

—Era una curiosidad sin importancia. Es que esta zona de Nueva York me gusta. Perdona.

—Puedes colgar tu americana ahí.

Y me señaló una percha. Me volví.

Era la rutina del amor a precio convenido, esa rutina mecánica y un poco pútrida en la que es mejor no pensar.

Pero en cuestión de segundos todo cambió. Dejó de ser el amor a precio convenido para transformarse en la muerte a precio fijo.

No sé ni cómo me di cuenta.

Fue el reflejo en el cristal. Como en un relampagueo, vi brillar en él la navaja a mí espalda.

La chica me envió un «viaje» de los que no perdonan.

Tuve el tiempo justo de volverme sobre la punta de uno de mis pies. Caso de no ver el relampagueo en el cristal, me hubiera alcanzado de lleno entre la tercera y cuarta costillas. Así sólo me produjo un rasguño en la americana mientras el navajazo se perdía en el vacío.

Choqué contra la pared.

Oí su breve maldición.

No comprendía cómo podía haber fallado.

Y lo intentó de nuevo, aunque ahora todas las ventajas estaban de mi parte. La vi venir con los dientes apretados. Leí en su cara una mueca de desesperación.

Quizá mucha gente no me comprenda, pero me dio lástima. La habían pagado, seguro que la habían pagado por hacer esa cosa

miserable, y encima a un precio que no valía la pena. Pero ahora la deliciosa muñequita estaba llena de mierda hasta el cuello y ya no se podía volver atrás.

Le sujeté la mano derecha antes de que llegara a mí alcance.

Le retorcí la muñeca.

La oí gemir.

Pero, sin duda, tenía miedo de gritar para que los vecinos no descubrieran lo que estaba pasando allí. Cayó de rodillas mientras se estremecía de dolor.

Entonces la empujé.

No hubo demasiada suerte para ella.

Fue directamente contra la ventana y rompió el cristal con su cabeza. El estrépito no fue demasiado notable. Más bien se produjo un sonido seco y opaco que no llegó a salir de la habitación. Quedó con la cabeza colgando trágicamente fuera.

No gritó.

El vidrio se tiñó de rojo.

La sangre saltó incluso hasta las ropas de la cama donde los dos hubiéramos debido ser tan felices por cincuenta dólares.

Me di cuenta de que el cristal podía haberle cortado la yugular y sentí frío hasta las puntas de los pies. No sólo no quería matar a aquella mujer, sino que me interesaba tenerla viva para hacerla hablar. Inmediatamente la sujeté, la hice tenderse en el suelo y le apliqué un pañuelo sobre la brecha mientras la obligaba a mantener la cabeza erguida. Esperaba que de ese modo no saliera tan a chorro la sangre impulsada por el corazón.

Y me di cuenta de que podía salvarla si pedía ayuda a tiempo. Pero el tiempo no existió entonces para mí.

Oí que golpeaban a la puerta.

—Linda, ¿ya está? — preguntó una voz de hombre—. ¿Ya has terminado con el pollo?

El pollo tenía que ser yo.

Abrí de golpe.

El tío llevaba una pistola así de grande.

Pero no la había puesto aún en línea de tiro cuando me vio aparecer en fracciones de segundo, como si brotara del infierno. Por lo menos fue eso lo que debió pensar. De pronto el tío tuvo que notar a la fuerza como si en su corbata hubieran aparecido dos

bultos.

Eran los dos bultos de abajo que se le habían subido arriba.

Se los cambié de sitio de una patada.

El tío boqueó. No pudo mover la mano con la que empuñaba la pistola. Sus ojos se volvieron blancos mientras intentaba dar un paso atrás.

No le dejé.

Mientras con una mano le sujetaba la pistola, con la otra le así por el pelo y le empujé brutalmente la cabeza contra la jamba de la puerta. Tenía que aprovechar su desconcierto o estaba perdido. Juro que lo aproveché.

El tío se me arrugó como un flan. Con los dos brutales golpes le había abierto la frente.

Fue un juego de niños empujarle dentro, cagarme en su madre, quitarle la pistola, metérmela entre la camisa y el pantalón y cerrar la puerta de nuevo. El tío estaba en el suelo con las piernas abiertas, de modo que le aticé otro puntapié en el sitio que más duele. Fue algo salvaje y que no sé si volveré a hacer en mi vida. Pude haberlo dejado seco allí mismo, con las patas convertidas en algo así como ancas de rana, por la forma como las encogió.

Luego decidí actuar rápidamente. No tenía un minuto que perder.

Miré por la ventana que había roto la cabeza de la chica.

Vi que daba a un solar pequeño, asqueroso y oscuro; de los que en Nueva York se aprovechan como parking. Un par de coches tiñosos estaban estacionados allí. La altura era de dos pisos.

Sujeté al tío, lo levanté con todas mis fuerzas y lo eché abajo.

¡Chop!

Fue un ruido lúgubre y blando, pero me di cuenta de que tenía grandes posibilidades de seguir vivo. Eso era lo que yo necesitaba, porque allí alguien iba a tener que cantar ópera. Y ese alguien era el tío de abajo.

Miré entonces a la honradísima doncella de los cincuenta pavos.

Era inútil pensar que ésa pudiera decir una palabra. Había perdido el conocimiento y estaba expulsando muchísima sangre. Si no venían a por ella en ocho o diez minutos máximo... R.I.P.

Descolgué el teléfono. Conozco el número de los médicos de urgencia porque cierta vez necesité uno, cuando estuve toda la

noche encerrado con una viuda que me iba a pagar sesenta dólares por mis servicios. No quiero contarlos porque se van a reír, pero pueden imaginarse lo que tuve que trabajar. Ahora volví a discar aquel número y pedí que vinieran inmediatamente con una ambulancia y una buena cantidad de plasma, porque una mujer se estaba desangrando a causa de un accidente. Di la dirección y colgué.

Al diablo.

Ya tenía una cosa menos en que pensar. Di por descontado que llegarían a tiempo de salvar a la hembra, aunque quizá se llevarían una sorpresa al ver que la pobrecilla no era virgen. Puse las piernas en el alféizar de la ventana, calculé bien la distancia y salté.

Pude caer bien, flexionando las rodillas. Además había elegido para desplomarme el techo de uno de los vehículos de abajo, que quedó hecho un higo. Pero yo llegué a tierra sin sufrir el menor daño.

Arrastré a mí fraternal amigo, el que tenía las pelotas en la azotea.

Y entonces me di cuenta de que iba a diñarla. Los faros me iluminaron de lleno.

Tuve el tiempo justo para saltar de lado mientras me acordaba del padre de no sé quién.

De cualquiera menos del mío.

CAPÍTULO VI

DEBÍA haberlo previsto. Idiota de mí. Seguro que el tipo al que yo me cargué en la habitación no había venido solo.

Le esperaban en un coche abajo, y los del coche se habían dado cuenta al fin de lo que pasaba. Es decir, de que yo estaba vivo. Trataron de deslumbrarme con los faros mientras alguien asomaba medio cuerpo por una de las ventanillas.

Lo vi confusamente.

En su mano brillaba una pistola con silenciador.

Los dos taponazos apenas vibraron en el aire, y además quedaron ahogados por el ruido del motor. Las balas se estrellaron contra la pared.

El conductor dio un bandazo al ver que yo me había metido en la zona de sombra. El coche patinó vertiginosamente sobre dos ruedas y se llevó por delante media carrocería de otro que estaba estacionado a su izquierda.

Eso le hizo perder el control.

Al retroceder para desengancharse, se estrelló de popa contra la pared. Todo el portaequipajes quedó desencajado. El tío del silenciador le dijo al del volante con todo el cariño del mundo:

—¡Hijoputa!

Y trató de apuntarme otra vez.

Pero yo contaba ahora con la ventaja de verles a ellos gracias a sus faros, mientras que ellos no me veían a mí. Y disponía de una excelente «Baretta» con el cargador repleto de balas del 7,65 que no es que sean gran cosa a distancia, pero que en espacios reducidos tienen una mala leche impresionante. Le envié dos pildorazos a la

cabeza del tío que empuñaba la pistola, a ver si cambiaba de opinión de una vez.

Se derrumbó como un pelele. La puerta se abrió a causa de su empuje y salió despedido.

La sangre manchó la tierra sucia.

El del volante metió la marcha atrás.

Quería huir como fuese. Y yo, que cuando quiero soy un chico amable, le ayudé a huir... pero a huir de este mundo.

Fue asquerosamente fácil.

A veces hasta siento haberlo hecho.

La frente blanca del tío brillaba en el interior del coche, gracias a que las luces quedan encendidas con la portezuela abierta. Le largué otro pildorazo en medio de las dos cejas y el tío se derrumbó.

Ni siquiera atravese el parabrisas. Pero la cabeza del muerto quedó hundida en el claxon y éste empezó a sonar.

Tenía que darme prisa.

La gente de Nueva York no interviene cuando oye tiros, pues piensa que la policía está para eso. Pero algunas luces empezaban a encenderse ya en las ventanas y amenazaban con alumbrar el parking.

Nunca he obrado con tanta rapidez como en aquellos momentos. Tiré de los pelos del conductor, lo arrojé fuera como un fardo y metí dentro al pájaro al que yo había arrojado por la ventana poco antes. Era el único que me interesaba, por la sencilla razón de que era el único que estaba vivo.

Me colgué ante el volante.

Nadie me había visto aún.

Di gas rabiosamente.

El traqueteo de las ruedas al pasar por encima de un cuerpo humano me estremeció, pero seguí adelante. Abandoné el parking como un rayo, me cargué dos motos que estaban en la acera, le desgarré la falda sin querer a una chica, tumbé una valla publicitaria y salí a la Avenida Décima.

Había bastante tráfico allí, a pesar de la hora. Una vez confundido entre la masa de camiones que iban hacia la zona de carga y descarga de los muelles, ya nadie se fijó en mí. Tenía la carrocería hecha polvo, pero en Nueva York hay ahora mucho tío «punk» que lo lleva así. Hasta me han dicho que algunos, para

ponerse «a la page», lo sacan de fábrica y le pegan un peñazo.

Doblé hasta la Quinta.

Subí hasta las alturas de Manhattan.

Doblé a la derecha, a la altura del puente de Queensboro.

Me metí en Queens Bulevar.

Buen sitio aquel de noche. Mierda para el que se atreva a visitarlo.

La mayoría de ustedes han visto los soportes del elevado, que dejan debajo una serie de zonas siniestras donde le pueden despellejar a uno sin que se enteren ni los que están reparando al otro lado de la calle las tuberías del gas. La mayoría de ustedes lo han visto, digo, en la fantástica persecución de coches de «French Connection», cuando el policía Popeye se carga a todos menos a su padre, y eso porque no lo ha conocido. Bueno, pues eso pensé hacer yo.

Me detuve a la sombra de la estructura del elevado. No había nadie allí. La soledad más pegajosa me rodeaba.

Cerré el contacto del motor, apagué las luces de situación y me senté amorosamente junto al tío que estaba en el asiento posterior.

Le di unas palmaditas en la cara.

Parecíamos dos maricas, digo.

El tío abrió los ojos.

Lanzó un gruñido y quiso escapar.

Pero le barrené las encías con el punto de mira de la pistola y el tío se estuvo quieto.

—No sabes la suerte que tienes — barboté.

—¿Yo suerte? ¿Por... por qué?

—A ti, al menos, te voy a dejar tiempo para rezar.

Abrió la boca para lanzar un grito y apreté con toda la mala baba. Por poco se traga el cañón de la pistola.

—No... no tires — pudo decir.

—Eso depende.

—¿Depende... de qué?

Yo habla aflojado un poco la presión de la pistola para que pudiese hablar. Sabía que eran los nervios los que me estaban dando valor, y por eso no quería pensar en nada. Si me dejaba llevar por el instinto, tal vez llegaría al fin. Si me ponía a pensar en lo que había hecho, me hundiría.

—Depende de que hables, macho.

—¿Qué quieres saber?

—Tu nombre.

—Hans...

—¿Para quién trabajas?

—Para un tal Brunner.

—Perfecto... Cuanto más alargues el rollo más vives, amigo, de modo que procura no parar. Dime ahora quién es el tal Brunner.

—Tiene una organización.

—¿Una organización de qué?

—Es... es sencillo. Parece mentira que un tipo como tú... no haya oído hablar de los asesinos a sueldo.

—Se trata de una organización de esas en que pones unos billetes sobre una mesa, dejas el retrato y las señas de un tío y ya está, ¿no?

—Exacto. Y al cabo de una semana, al tío ya le puedes enviar una corona.

—¿Quién dijo que me mataran a mí?

—No lo sé.

—¿Cómo leche no lo sabes?

—Le pagaron a Brunner, no me pagaron a mí... Simplemente Brunner reunió a unos cuantos hijos de perra y nos dijo: «Ese».

—¿Desde cuándo me seguís?

—Desde que te cargaste a aquéllos en la imprenta de Terry.

—¿Supisteis que era yo?

—No resultaba tan difícil. La negrita amiga de Bert nos contó que Bert había salido contigo.

Era una hipótesis razonable. La verdad era que yo tenía que haber contado con ella, y si no lo hice fue porque me faltaba experiencia en aquella clase de mejunjes.

—Así es... Y cuando vimos que habías descubierto el sitio donde se hicieron algunas de las fotografías, comprendimos que habías llegado demasiado lejos. Entonces telefoneamos a Brunner y él dijo que adelante. Toda la tarde te hemos vigilado, mientras estabas en aquel bar. Entonces le hemos dado mil pavos a la chica para que te quitara de en medio. Todos estábamos seguros de que ibas a caer.

—Había motivos para estarlo — dije.

Le repasé un párpado con el punto de mira para que no se

animase demasiado, y en efecto se me arrugó otra vez. Mientras daba la sensación de que iba a apretar el gatillo en cualquier instante, pedí:

—Y ahora quiero la dirección de Brunner.

—Si te la doy me... me matará.

—¿Cuándo?

—Quizá mañana mismo...

—Pues sales ganando, porque si no me la das te mato hoy.

—Brunner tiene un despacho en Brooklin... — gimió el tío, con voz de parturienta.

—¿Dónde exactamente?

—War Road, cerca del cementerio. Es el número 18, una casa de dos pisos con garaje. Toda es suya.

—Perfecto.

Y me mantuve quieto. El pájaro se extrañó que no le preguntara nada más. Con voz que era apenas un hilo, balbució:

—¿Qué vas a hacer?

—Me vas a llevar allí ahora — gruñí.

—¿A... ahora?

—Sí. Fingirás que soy tu prisionero. A ver, inclínate hacia delante y mete la mano en la guantera del coche.

El tío obedeció. Como yo suponía, había una pistola allí. La agarró con ganas, pero yo le tenía el cañón materialmente metido dentro de una oreja, de modo que sólo un suicida se hubiese atrevido a hacer algo que no me gustase.

—Saca el cargador — ordené.

Lo sacó.

—Tira de la corredera hacia atrás y expulsa la bala que debe haber en la recámara.

Había obedecido. La bala saltó. Ahora la pistola, que era un «Colt» algo antigua, sólo servía como juguete.

—Vamos a ir juntos y me vas a apuntar con ella de modo bien visible — dije—, pero sabes muy bien que con eso no me vas a hacer ni cosquillas. En cambio yo te estaré apuntando desde el bolsillo y te voy a deshuevar a la primera en cuanto hagas algo que no me guste. ¿Hay guardián en la puerta?

—Sí. En el garaje, por donde se entra.

—Pues andando. Tú conduces.

—¿Qué hacemos al llegar?

—Sólo me apuntas. Lo demás es cuenta mía.

Y añadí:

—Tienes quince minutos.

—¿Para qué?

—Para llegar a War Road. Porque si lo que tratas de hacer es dar vueltas por Nueva York, será tu último paseo. Dentro de quince minutos justos, ni uno más ni uno menos, vaciaré el cargador en tu cabeza.

Yo estaba diciendo la verdad. Esas cosas se notan.

Y el tío me llevó a Brooklin en quince minutos exactos y sin cobrarme la carrera. Les prometo que estuve a punto de darle propina.

* * *

Debo confesar que tenía miedo. Yo no sabía lo que iba a encontrar allí, en War Road, aunque el más tonto hubiera comprendido que eso era meterse en la boca del lobo. Pero también el más tonto hubiera comprendido que o lo hacía ahora o no lo haría ya nunca, porque los de la banda de Brunner estarían ahora completamente desorganizados. Sus mejores hombres me buscarían sin duda alguna por todo Nueva York, sin imaginar que iba con un rehén hacia su propia guarida. Era muy posible que incluso encontrase a Brunner solo, cosa que sería inimaginable en cuanto pasaran un par de horas más.

Miré la calle.

Era tranquila y discreta. Estaba a poca distancia del cementerio. En las noches de luna, se debían ver incluso las cruces desde allí. Buen panorama.

Había una casa con un garaje.

Un tío estaba en la puerta.

Reconoció el coche y se acercó. Mi prisionero hizo las cosas bien, porque me apuntó con la pistola descargada mientras con la otra mano sostenía el volante, como si el dueño del cotarro fuese él.

—¿Pero lo has pescado? — balbució el centinela.

No podía creerlo.

—Sí. Abre y vamos adentro.

Una célula fotoeléctrica hizo que la puerta del garaje se alzara poco a poco. El interior estaba iluminado y se distinguían unas

paredes acolchadas y una puertecilla que debía dar a un ascensor. Allí todo estaba preparado para que los ruidos no se captaran desde la calle, cosa que en cierto modo me favorecía.

El coche se detuvo.

Ya estábamos en la ratonera.

Yo sudaba copiosamente, pero trataba de disimularlo. La verdad fue que adiviné exactamente el momento en que mi prisionero se lo jugaría todo a una carta, porque tenía que hacerlo así. Yo contaba con ello. Una vez dentro de la guarida, el tío dejaría de hacer el pichón por miedo a que le acribillaran luego sus propios compañeros. Ahora tenía una oportunidad y quiso aprovecharla.

Gritó:

—¡John!

John debía ser el otro.

Se volvió.

Lo sentí por él.

Una vez muerto, tenía cara de buen chico y todo.

La bala que le metí en mitad de una ceja fue tan certera que ni siquiera dejó una pequeña señal.

Mi prisionero gritó:

—¡Noooooo!

Ya era tarde para sentir pena.

Tenía que liquidarle o me liquidaría él a mí

Además, era un perro rabioso.

De modo que le clavé la bala entre las cejas, sin hacerle sufrir, mientras barbotaba:

—Lo siento, amigo. Si llego a ser marica, me caso contigo y todo.

Supongo que no se enteró.

Porque si se entera y me llega a decir que sí, me mete en un lío.

* * *

Bueno, ahora ya estaba en la boca del lobo, estaba sobre una pista de verdad, una pista que podía llevarme a algún sitio, y además tenía una ventaja: las paredes acolchadas habían impedido que los disparos se oyeran.

No había escaleras en el garaje. Allí dependían del ascensor, de modo que me metí en él. Vi que había dos botones, correspondientes a dos pisos, y pulsé el de arriba, porque prefería

dominar a mis enemigos desde el piso más alto.

Pronto me di cuenta de que estaba en la sede de una verdadera organización criminal. El tugurio estaba disfrazado de agencia de empleos, o al menos eso se deducía de los rótulos de los diferentes despachos. Tal combinación permitía a aquella pandilla de cabrones poner anuncios en los periódicos, entrar en contacto con toda clase de personas y enviarlas si convenía de un lado a otro del país. Para una agencia de asesinos a sueldo, no podía idearse un tugurio mejor.

No aparecía nadie por allí.

Me di cuenta de que esta vez había asestado mi golpe en el momento oportuno. No había nadie allí. Todos debían estar buscándome a lo largo y ancho de Nueva York.

Descendí en silencio al piso inferior.

Allí estaba sentado un tío que tenía una mesita al lado. Sobre la mesita había dos cosas: una botella de whisky y un teléfono. Seguro que era el pájaro encargado de recibir mensajes y transmitirlos a los que me estaban buscando fuera.

Pregunté con voz suave:

—¿Brunner?

El buitre no me había oído llegar. Debí de pensar en el primer momento que era uno de los suyos. Señaló hacia el fondo del pasillo.

Y de pronto se dio cuenta de que las cosas no cuadraban. Se volvió de pronto mientras llevaba la derecha a la funda axilar.

—¡Maricón! —gritó.

Pero ya era un segundo demasiado tarde.

Yo dije:

—Acertaste, premio.

Y le aticé de lleno con la culata de la pistola. El tío se me derrumbó sin exhalar un solo gemido.

Fui hacia el fondo del pasillo.

Ahora sabía que Brunner estaba allí.

En efecto, había una puerta con su nombre, porque todo aquello tenía una apariencia la mar de normal. Empujé.

Y sólo me faltaba eso. La chica estaba con las piernas abiertas y sin nada que le tapase el puntito más comprometido. Me transformé en algo así como el pene sin piloto.

Sólo con mirarla, por poco la dejo embarazada de seis meses.

CAPÍTULO VII

A usted le hubiera pasado lo mismo.

Al ver a una chica de tal calibre, uno tenía que pensar a la fuerza que había venido al mundo para ir de cama en cama. Que una mujer así se desaprovechara en otras cosas, era un atentado contra la sabiduría que rige el mundo.

Ella me miró con asombro.

La había atrapado en la postura más comprometida en que se puede atrapar a una chica. Sentada en una butaca que daba frente a la puerta, con las piernas tan separadas que las doblaba sobre los brazos de la butaca, me ofrecía la visión de todos los conductos que llevaban a las misteriosas profundidades de su cuerpo. Al parecer, se estaba acariciando el más adelantado de esos dos conductos.

¿Buscaba un placer solitario? ¿Pero allí? ¿Y en aquel momento?

Los pensamientos se agolpaban en mi cráneo.

¡Por todos los infiernos! ¡Yo no entendía nada!

Pero tampoco me quedó tiempo para pensar. Ella bajó bruscamente las piernas, hizo que la falda llegara hasta sus rodillas y me preguntó con una sonrisa suave, como si yo no acabara de ver nada que valiese la pena:

—¿Quién es usted? ¿Qué desea, señor?

—Busco a Brunner.

—Yo soy su secretaria. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito hablar personalmente con él.

Se puso en pie.

Era alta, tentadora, maciza, cachonda.

—No está aquí — explicó—. Pero puedo darle su dirección. Si

me permite, es sólo un momento.

—Se lo agradeceré.

—¿No quiere sentarse?

—No, gracias, no hace falta.

La actitud de la secretaria era perfectamente normal. Seguro que la paloma no se había dado cuenta aún de que en la casa había dos muertos y un hombre sin sentido. Con sonrisa de chica que quiere hacer méritos, abrió el cajón central de la mesa.

Yo estaba confiado. Relajado incluso. Hasta le estaba mirando las caderas pensando en la de cosas que se podían hacer con ellas.

—Tome, señor — dijo.

Y se volvió del todo.

Y me llamó hijo de puta con la mirada.

Y me largó un pildorazo.

* * *

Tenía todas las garantías para enviarme al otro mundo hecho una mierda, pero no lo consiguió. Estaba algo nerviosa, y además, yo vacilé sobre uno de mis pies, inclinándome hacia un lado, cuando vi fugazmente lo que brillaba en su mano derecha. De todos modos, la cosa dependió de un milímetro.

Noté la quemadura del fogonazo en la mejilla izquierda. Choqué contra la pared mientras sacaba la pistola que llevaba remetida entre la camisa y el pantalón. La palomita disparó otra vez, sin darme tiempo para nada.

Volvió a fallar porque yo había volcado la mesa de un puntapié. Creo que fue la misma angustia de la muerte lo que me dio aquella rapidez. Vi caer a la mujer, medio aplastada por la mesa, mientras la bala se perdía en el techo.

Durante un par de segundos, la ventaja fue mía.

Y la aproveché.

Salté sobre la mesa, con la pistola preparada, mientras ella intentaba disparar de nuevo. No tuvo tiempo para eso.

De repente se encontró con el cañón de mi arma en la sien derecha. Lanzó un gruñido mientras sus ojos me dirigían la mirada más negra y asesina con que me he encontrado jamás. Cada vez que lo recuerdo me doy cuenta de que nunca hasta entonces había visto una mirada tan abominable. De la secretaria que pronunciaba tan dulcemente la palabra «señor» ya no quedaba nada. Aquélla era la

mirada de un verdugo.

Pero no me causó ninguna sorpresa, después de lo que había ocurrido. Por eso murmuré:

—Más vale que sueltes tu petardo, muñeca. Se te puede disparar y la bala te puede atravesar el virgo.

Sus dientes crujieron.

Dio la sensación de que se lo iba a jugar todo a una carta; de que incluso iba a saltar y morderme. Pero al final no tuvo más remedio que soltar el arma mientras gruñía:

—¿Quién eres?

—Me llamo Joe y soy un muerto de hambre, pero ando metido en un asunto que cada vez me lleva más lejos. Por eso busco a Brunner.

—¿Para qué?

—Eso lo sabrás más tarde, preciosa. Te daré toda clase de explicaciones cuando ya no necesites el «tampax» que te estabas metiendo al entrar yo.

La desconocida me miró de soslayo y con un infinito desprecio. Luego susurró:

—¿Conoces a Brunner?

—No.

—Entonces, ¿quién te ha dado esta dirección?

—Un hombre que ya está muerto.

—¿Y quién te ha permitido llegar hasta aquí?

—Otro hombre que también está muerto.

No sé si mis palabras la impresionaron, pero no tuvo más remedio que empezar a mirarme de una manera distinta. Creo que fue entonces cuando decidió que yo era un bicho al que, como fuese, había que eliminar. Con voz opaca preguntó:

—Supongo que eres el tipo al que toda la gente de Brunner está buscando.

—Aunque eso no me haga la menor ilusión, yo supongo lo mismo.

—Tal vez podamos llegar a un trato.

—¿De qué clase?

—Yo soy la secretaria y al mismo tiempo una de las queridas de Brunner, lo cual me da buenos beneficios. Por eso me conviene que viva.

—Eres tan desinteresada que me voy a echar a llorar.

—Pero los beneficios se acabarán si pierdo el pellejo — continuó ella—, de modo que la fidelidad también tiene un límite. El trato que te ofrezco es mi libertad a cambio de decirte dónde puedes encontrar a Brunner.

—¿Está en esta casa?

—Sí.

—Trato hecho, pero no quiero bromas. Un solo movimiento en falso y te puedes ir despidiendo de ese culo que yo creí que no había tocado nadie. Te doy mi palabra de que en cuanto tenga a Brunner te dejaré marchar.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones.

—Entonces sígueme.

Se dirigió hacia la puerta con la tranquilidad de quien sabe muy bien lo que se hace. La seguí con el índice en el gatillo, dispuesto a destrozar con una rociada de balas la espalda de aquella belleza si intentaba traicionarme. No necesito decir que mi tensión era máxima cuando salimos al pasillo, pero no había nadie allí. De pronto toda la casa estaba tan silenciosa como una sala de la Morgue.

La chica musitó:

—Allí.

Me señaló una puerta a la derecha. No había en ella la menor indicación. Yo le hice señas de que entrase primero.

No se opuso. Giró una llave.

Y de pronto nos encontramos ante la más absoluta oscuridad. Era una habitación tenebrosa y vacía, donde al parecer no había nadie. Pero yo no me di cuenta entonces de que aquello podía ser una trampa como no me di cuenta tampoco, hasta ser ya demasiado tarde, de que había girado la llave como si fuese a cerrar hacia la derecha, en lugar de girarla a la izquierda como se hace para abrir. Aunque la puerta quedase franqueada de todos modos, aquello podía poner en movimiento un mecanismo que entonces ignoraba. Me empecé a dar cuenta de que las cosas podían ser así cuando ya era demasiado tarde, cuando no me quedaba tiempo para remediar nada.

Porque entonces la trampilla que había al fondo del pasillo, casi

a ras de suelo, y que pasaba inadvertida, se abrió de pronto. Dos siluetas negras salieron de allí, disparadas como dos exhalaciones.

Me di cuenta con horror, en el espacio de un parpadeo, de que eran dos enormes perros de la raza doberman, entrenados para matar. El doberman (1) mezcla de un cruce de razas hábilmente calculado, no sólo es el perro más fiero que existe, sino que además tiene instinto de luchador. Finta como un demonio y es imposible alcanzarlo con un cuchillo o con un hacha. Además, cuando hinca los dientes, ya no abre la boca jamás, aunque lo partan en pedazos, a menos que su dueño se lo ordene. La fuerza de su mandíbula llega a triturar hasta el hueso con la siniestra perfección de una bala.

(1) La raza doberman la consiguió, mediante cruces de las razas caninas más agresivas e inteligentes, un recaudador de contribuciones alemán que temía ser asaltado por los caminos, cuando llevaba fondos del Estado. Logró así una nueva especie de perro que era un protector ideal, por su agresividad, su inteligencia y su fiereza. En cambio el doberman tiene pocas de las cualidades de dulzura y amistad que hacen tan admirables a otros perros. (N del E.)

¡Y eran dos!

¡Sabían que tenían que atacarme a mí, sólo a mí!

En este momento eran unos enemigos más peligrosos que un tigre de Bengala. Mi sorpresa duró unas fracciones de segundo, mientras oía su terrible aullido.

Mi pensamiento fue un chispazo. No podía perder tiempo disparando contra ellos, porque no les alcanzaría. Lo que hice entonces fue dar un empujón a la mujer, saltar hacia el interior de la habitación oscura y cerrar la puerta.

Todo dependió de un chispazo, de un segundo.

Curiosamente fue ella la que impidió que los dos perros llegaran a tiempo a su destino, que era yo. Al recibir el empujón, la chica vaciló y cortó momentáneamente el paso a aquellas dos flechas negras. Tropezaron con su cuerpo, la derribaron sin causarle daño y saltaron aullando hacia la hoja de madera que yo trataba de cerrar. Si no llega a ser por aquel instantáneo tropezón, me atrapan. Aun así, al cerrar con todas mis fuerzas, enganché y rompí la pata de uno de los perros, que aulló estremecedoramente.

Me pegué a la puerta, para que nadie pudiese abrirla, mientras

mis ojos trataban de habituarse a la oscuridad. Vi entonces los intersticios de una ventana, y la levísima luz que se filtraba por ellos me permitió distinguir una mesa de despacho. Sin perder un minuto, la arrastré hacia la puerta, la atranqué con ella y me arrojé al suelo, porque mi instinto me dijo lo que iba a suceder.

No me equivoqué.

Dos balas atravesaron la hoja de madera.

La chica había conseguido otra pistola y estaba acribillando la puerta, suponiendo que yo estaría apoyado en el otro lado para impedir la entrada de los perros. La verdad fue que acertó, aunque con unos segundos de retraso.

Me deslicé hacia la ventana.

Alcé la persiana con toda la rapidez de que fui capaz. Hice ruido, pero ese ruido quedaba ahogado por los aullidos de los perros. Vi entonces que la ventana daba a un patio interior de la casa, y que una delgada cornisa me permitía salir al exterior y deslizarme hasta la ventana contigua.

No tenía más remedio que intentarlo. Con la pistola entre los dientes, llegué hasta la ventana siguiente. Estaba cerrada y tenía los cristales opacos, pero los rompí con la culata.

Tuve el tiempo justo para alzar la pistola.

Porque la ventana daba al pasillo en el que todavía estaban la chica y los dos perros. Estos, a pesar de que uno sangraba por una pata, vinieron aullando hacia mí. Parecían dos proyectiles.

No sé ni cómo lo pude conseguir.

En aquel instante mi cerebro no funcionó, pero mis músculos sí que lo hicieron. Me apoyé en un solo pie, giré sobre mí mismo en la comisa y quedé pegado a un lado de la ventana, fuera del cuadro de ésta. Los doberman saltaban en aquel momento.

Por descontado, no me encontraron en su camino. Encontraron el vacío. Ni sabían que detrás de aquel hueco había un piso de altura ni lo hubieran recordado en caso de saberlo. Se precipitaron al vacío y uno de ellos se rompió el espinazo al caer, mientras el otro se ponía a aullar lastimeramente.

Por el momento me había librado de ellos, pero quedaba la chica. Y en aquel instante tuve que tomar la fastidiosa decisión de elegir entre mi piel o la suya.

Ganó la mía por escaso margen de puntos. De modo que jugué al

equilibrio en la estrecha cornisa, apoyé la «Baretta» en el alféizar de la ventana y gasté todas las balas que me quedaban mientras ella hacía lo propio. Pero yo estaba protegido en parte por la pared, mientras que aquella Miss Virgo estaba en el centro del pasillo y erguida en toda su alta estatura. Recibió de lleno la ración de plomo y se dobló sobre sí misma mientras sus labios despedían una espesa bocanada de sangre.

Fue una muerte desagradable, casi diría que una muerte pútrida. Me reventó que una chica tan bonita tuviera que acabar así, pero las cartas estaban echadas. Pasé al interior y me incliné sobre ella.

Todo aquello era un desastre. Hasta las paredes se habían manchado de sangre.

Solté mi pistola. Ya no me servía de nada porque estaba descargada. De una forma maquinal tomé la de la mujer, donde por el peso calculé que aún debían quedar un par de balas.

Y eso fue lo que me salvó la vida.

En aquel momento estaba lejos de imaginarlo. Pero de repente se abrió una de las puertas del pasillo y un tipo armado con una metralleta salió como una exhalación. Nos debió ver a los dos, a la muerta y a mí, como a través de una neblina.

Y dijo entonces la cosa que yo estaba más lejos de sospechar.

Balbució:

—Brunner...

CAPÍTULO VIII

EN aquel momento el pensar no me servía de gran cosa, porque lo que necesitaba era actuar, pero de todos modos bastaron unos segundos para que me diese cuenta de lo que no había imaginado: ¡Bruner era la propia chica en la que yo había confiado! ¡Era ella la que lo dirigía todo!

Mientras pensaba, disparé. Fue un gesto instantáneo. Yo disponía de la ventaja de tener los nervios más tensos y los músculos a punto, mientras que mi enemigo se encontró con una escena que no esperaba, y eso le desconcertó un momento, sólo un momento.

Fue suficiente.

Pude disparar y atravesarle el vientre con las dos únicas balas que había en la pistola. Le vi soltar la metralleta, que salió despedida a gran distancia, y apoyarse en la pared por donde fue resbalando poco a poco. Cuando terminó cayendo al suelo, toda aquella pared estaba manchada de sangre.

Fui hacia él.

Puse cara de mala leche, de tío que está dispuesto a acabar como sea su siniestro trabajo.

Yo sabía que no quedaban balas en la pistola, pero él no. Yo sabía que sus heridas eran mortales, pero él aún debía confiar en vivir. Por eso me miró con ojos casi transparentes mientras barbotaba:

—No... no dispaes.

—Eso depende de ti, hermano.

—¿Depende... de qué?

—Puede que llame una ambulancia si hablas. De modo que date prisa.

—¿Qué quieres sa...saber?

—¿Ella era Brunner?

—Sí...

—¿Dirigía la organización?

—Era el jefe de... de todos.

—¿Y a qué se dedicaba?

Me miró como si no entendiese que yo necesitara preguntar aquello, pero el tiempo apremiaba más para él que para mí, de modo que balbució:

—Todos somos una... una agencia de asesinos y de protectores profesionales... Trabajamos para quien nos paga...

—¿Y quién os paga ahora?

—Los de la casa.

—¿Qué casa?

—La flotante.

No le entendía, pero estaba dispuesto a llegar hasta el fondo, de modo que hice más intensa la presión de la pistola en su sien y barboté:

—¿Te refieres quizás a un yate?

—Eso es... El yate... Creí que... lo sabías.

Sus ojos se iban nublando cada vez más. Perdía por momentos la voz. Hasta el más estúpido se hubiera dado cuenta de que se aproximaba el fin, de modo que gruñí:

—¿Quiénes son los amos del yate?

—Los de la... la revista...

Tuve un estremecimiento.

Bien... Ya estaba allí el nudo de unión. Por primera vez, las palabras encajaban. El asunto seguía siendo un rompecabezas, pero había al menos una relación: la revista-Brunner-los crímenes-un yate...

Claro que aquello no me lo aclaraba todo, ni mucho menos.

Fui a preguntar más cosas. Y en aquel momento me di cuenta de que iba a ser completamente inútil.

El herido tuvo un último estremecimiento y quedó tieso allí mismo. Su boca se torció en una extraña mueca. Dejé caer la pistola con un gesto de hastío y de impotencia a la vez.

En el fondo, no había adelantado gran cosa. Conservaba la piel sobre los huesos, pero eso era todo. Después de aquella masacre no tenía la menor idea de por dónde había de seguir.

Borré como pude las huellas que había dejado en las pistolas y los pomos de las puertas, y salí de allí. Por fortuna, las paredes acolchadas y las ventanas cerradas habían hecho que las detonaciones no se oyeran desde el exterior. Toda aquella casa estaba preparada para ser una especie de templo de la muerte, pero eso había favorecido por una vez a la víctima en lugar de favorecer a los verdugos.

Me metí en un bar que tenía licencia de licores y bebí casi hasta caer. A la mañana siguiente me desperté en un tugurio, casi bajo el viejo puente de Brooklin, mientras una vieja con la que, por lo visto, había pasado parte de la noche me despojaba de la cartera. Pero no se lo impedí. Estaba tan aturdido que no tenía fuerzas ni para protestar.

Y eso que me hubiera convenido quedarme con mi licencia de conducir para mirar de vez en cuando la fotografía y convencerme de que yo seguía siendo el mismo.

* * *

Los yanquis somos los padres de las computadoras y de las bombas atómicas, pero seguimos siendo tan supersticiosos como las hilanderas de Nueva Inglaterra o las echadoras de cartas de Los Ángeles. En la mayoría de los hoteles no hay habitación número trece ni piso número trece. En la mayoría de los edificios privados, tampoco está señalado el piso trece. Uno mira esas cosas y de pronto piensa que en qué demonios de país está.

¿Pero por qué decía esto? ¿Es que aún no se me ha pasado la borrachera? Ah, ya sé. Lo decía porque el bloque de apartamentos en que vivo tampoco tiene piso trece, aunque yo vivo en el piso catorce, o sea el que está por encima del doce, de modo que si fuese a creer en brujerías... Pero cuando me metí bajo la ducha aquella mañana creía en brujerías y en cualquier cosa. La cabeza me daba vueltas y sólo empecé a recobrar el dominio de mis pensamientos después de estar un cuarto de hora bajo el agua.

Ni siquiera me preparé un whisky esta vez. Sin duda había bebido mucho durante la noche, aunque no recordaba nada, y la garganta me ardía. Estaba cambiándome de ropa, dispuesto a seguir

adelante como fuera, cuando el teléfono sonó.

Lo descolgué. Era Sarah.

Estaba esta mañana más cariñosa que nunca.

—¿Dónde has estado metido, jodido? — me preguntó.

Las mujeres siempre le animan a uno.

—He tenido trabajo — dije con voz gangosa.

—¿Qué pasa? ¿Has aceptado otro encargo?

—No. He estado trabajando para ti.

—Pues no se nota...

—Necesito verte, Sarah — dije.

—No te va a servir de nada, macho.

—¿Por qué?

—Tengo el período. No me puedo meter en la cama con nadie.

—Piensas como una condenada zorra. No te quería ver para eso.

—Perdona, tampoco te he querido ofender.

Se la notaba, por la voz, sinceramente dolida. Debía tener miedo de haber ido demasiado lejos.

—Lo que necesito es que repasemos juntos unos cuantos datos que yo tengo, Sarah. No entiendo nada, pero tal vez lleguemos a entender algo si pensamos los dos juntos. Por eso quiero que hablemos esta misma mañana.

—No hay problema, Joe. ¿Dónde?

—Dentro de una hora en el bar del Hilton. Supongo que allí podremos hablar con tranquilidad.

Me terminé de vestir y fui. Tardé casi una hora en llegar, y para entonces ya me había despejado del todo, aunque en mis párpados seguía pesando el cansancio de la noche anterior. Sarah me estaba esperando ya.

Creo que nunca la había visto tan bonita.

Tan distinguida.

Y también tan inasequible, porque yo volvía a ser un tipo que no llevaba encima ni un cochino dólar

Ella pidió un combinado y yo simplemente agua mineral para beber. Nos miramos fijamente durante largos momentos, mientras el silencio se espesaba, se hacía casi angustiioso en torno nuestro. Como si nunca hubiéramos tenido nada que decimos.

Con un hilo de voz pregunté:

—¿No has oído los boletines de noticias de la radio

últimamente?

—No hago otra cosa desde que me metí en este maldito asunto contigo. Bueno... desde que te metí yo.

—¿Han dicho algo de unos muertos en Brooklin?

—Sí, claro que sí. Hasta las segundas ediciones de los periódicos han llegado a tiempo para imprimir la noticia. Mira, precisamente te he traído un ejemplar del «New York Times». Lo que no imaginaba era que estuvieses metido en eso.

Me largó el ejemplar abierto por la página que me interesaba. Al relato, hecho con cierta urgencia, aún le faltaban detalles, pero lo esencial estaba allí. Las muertes, la incertidumbre, el misterio... Y había datos que yo no conocía aún.

Resultaba que al segundo perro habían tenido que matarlo porque de lo contrario no dejaba acercarse a nadie. Resultaba que, en efecto, la mujer a la que hube de apiolar se llamaba Brunner. Dirigía en teoría la agencia de colocaciones, pero el repórter del «New York Times» insinuaba que la policía siempre había sospechado que aquello estaba relacionado de alguna manera con el Sindicato del Crimen.

También se decían otras cosas allí.

Por ejemplo, que los técnicos en huellas trabajaban (y recé para no haber dejado yo ninguna en la casa).

Por ejemplo, que no sabían quiénes eran los culpables, pues aquella matanza la tenía que haber hecho más de un hombre (y de pronto me sentí inflado y lleno de orgullo, como si uno pudiera hacerse el pavero por una brutalidad así).

Por ejemplo, que se suponía que todo había sido debido a un ajuste de cuentas (y eso me excluía por el momento de la lista de los sospechosos). Era el mejor dato de todos. Aunque no debía fiarme.

La policía buscaría en otros sitios de momento, pero los investigadores acabarían ligando cabos. Y, poco a poco, todos irían señalando hacia el cochino rincón de la ciudad en que estaría metido yo.

Sarah me miraba fijamente.

—¿Por qué? — musitó.

Con aquella pregunta lo resumía todo.

—Ellos son los encargados de proteger a la organización. Les

pagaban para que hicieran el trabajo de asesinos y de guardaespaldas. La chica llamada Brunner se dedicaba a eso, y así la organización no tenía que mancharse las manos directamente — dije.

—¿Pero qué «organización»? ¿De quién hablas?

—No lo sé — hube de confesar.

—¿No has podido averiguar nada?

—Bueno... Sólo que son los de «la revista».

—Eso ya lo imaginábamos.

—Y que tienen un yate al que llaman «la casa». No sé para qué demonios sirve ni dónde está. Ahí termina todo.

Sarah me miraba casi con dulzura, pero no pudo evitar un gesto de desesperanza.

—No es demasiada cosa, después de tantos muertos — susurró.

—Por eso quería que meditáramos los dos.

—¿Meditar sobre qué?

—Sobre esos datos que te he dado.

—No son gran cosa — insistió Sarah—. De verdad agradezco tu confianza en mí, Joe, pero no sé por dónde podemos empezar...

—La cama sería un buen sitio — dije.

—No seas imbécil.

Mejor. Si llega a decirme que acepta, me pega un susto.

—En este momento te parecerá ridículo, pero me gustas, Sarah — insistí.

Quería quedar bien, fingir ante ella que aún me quedaba la suficiente tranquilidad para atreverme a cortejarla. Pero la verdad era que, puestos a hablar de Sarah y de la cama, se me estaban hincando en el cerebro unos pensamientos que me parecían muy lejanos cuando entré en el bar. Me era imposible no imaginarla desnuda, no imaginarla de pronto con las piernas abiertas, con...

Cerré un momento los ojos.

Sí. La tal Brunner estaba muy bonita.

Imposible olvidar la escena del despacho cuando entré.

Sus piernas abiertas, su postura tan poco elegante pero al mismo tiempo tan provocativa, su...

... Su gesto.

Sentí una especie de pinchazo.

¡Su gesto!

Entonces, cuando entré en el despacho horas antes y la vi así, pensé en el primer momento que era una secretaria ansiosa que creía estar sola y se acariciaba el sexo, buscando un placer muy personal. Pero eso no podía ser. Era absurdo. Una mujer como la Brunner, que dirigía una auténtica organización de criminales a sueldo, no iba a caer en debilidades de esa clase, las típicas debilidades de una colegiala. Aparte de que ella podía tener a los hombres que le diese la gana.

Pero entonces... ¿Qué?

—¿Qué cuerno estaba haciendo?

Fue entonces cuando lo entendí.

Apreté los dos puños de tal modo, con tanta rabia que mis nudillos crujieron:

Sarah balbució:

—¿Pero qué te pasa?

—¡Maldita sea! ¡He sido un idiota, el idiota más grande de la Creación! ¡Pero quizá llegue aún a tiempo!

—¿A tiempo dónde?

No contesté. Sabía que cada segundo contaba ahora. Salí despedido hacia la puerta, dejando que ella pagase. De todos modos, poco importaba ese detallito. Tampoco tenía dinero para pagar yo...

CAPÍTULO IX

EL taxi en el que había consumido los pocos centavos que me quedaban me dejó en la Morgue. Tuve una cierta sensación de vértigo al entrar en ella, pese a que era un sitio conocido para mí.

Un policía que al principio trató de orientarme en la selva de Nueva York, me la había enseñado meses antes. Luego, al darse cuenta de que no ganaba un dólar, me pronosticó: «Cualquier amanecer, el servicio de recogida de basuras se llevará tus restos de una calleja e irás a parar a una de esas mesas.»

Estaba más cerca que nunca de acertar. Yo ya era basura.

Pero quería llegar hasta el fin de aquel asunto y por eso no vacilé. Además, tenía ya una pista y estaba dispuesto a seguirla. Esa pista estaba en el lugar más extraño del mundo, si no me engañaban mis pensamientos.

Me mezclé con las numerosas personas que acuden allí a identificar cadáveres. Cada día hay docenas de muertos accidentales en Nueva York y con todos se debe seguir el mismo trámite, de modo que la Morgue es uno de los sitios más animados y frecuentados de Nueva York, aunque la gente crea lo contrario, y por lo tanto los controles no son demasiado rigurosos. Hasta que estuve casi junto a las salas donde se efectúan las autopsias, no apareció un funcionario para preguntarme qué quería.

—Una mujer llamada Brunner murió anoche — expliqué—. Lo dice el «New York Times». Pero necesito convencerme de que es ella porque me debe dinero, en cuyo caso tendría que parar las acciones judiciales.

—En efecto, ha sido ingresado el cadáver de la mujer que usted

dice, aunque aún no tenemos la identificación oficial. Está usted en su derecho si quiere verla, aunque deberá rellenar este volante.

Sabía que iban a pedirme eso, porque tales volantes se adjuntan luego al expediente de identificación. Lo rellené.

—Pase.

Juro por mi desconocido padre que la Brunner, tendida sobre la mesa, parecía incluso una buena chica. Blanca, patética, con la mirada vidriosa, parecía como si se hubiera dedicado a obras parroquiales en lugar de a dirigir una banda de asesinos. Me hubiera ensuciado en la memoria de la madre del puerco tío que la quitó de en medio si el puerco tío que la quitó de en medio no llego a ser yo.

Bajé los ojos.

También sé poner cara de buen chico.

El funcionario que estaba a mí espalda preguntó:

—¿La reconoce?

—Sí. Es ella.

—De acuerdo. ¿No le importa firmar en las hojas de identificación?

—No, claro que no.

Yo sabía que eso era muy peligroso porque me relacionaba con la muerta, pero necesitaba hacerlo. Era indispensable que aquel pájaro me dejase medio minuto a solas con el cadáver. Y mis cálculos resultaron bien, porque el funcionario dijo:

—Enseguida vuelvo con el papel.

Si eso no llega a resultar bien, yo estaba dispuesto a desmayarme y obligarle a salir a pedir ayuda, pero no hizo falta. Me dejó unos momentos a solas con el fiambre. Y entonces hice una cosa puerca y que ninguna persona decente me perdonaría.

Pero qué quieren que les diga.

Uno hace en esta vida tantas guarradas que ya no viene de una.

Metí los cinco dedos, cinco, en el sexo de la muerta. Les juro que no fue agradable. Estaba frío como un témpano. La descomposición había empezado y el interior estaba viscoso. Me estremecí.

Pero en el interior encontré lo que buscaba. Era el papel que ella puso allí de momento, al saber que era inevitable que yo entrara en su despacho y darse cuenta de que no le quedaba tiempo para nada más. Como escondite de urgencia mientras buscaba el modo de

matarme, aquello era estupendo. Pero estaba bien lejos de imaginar que se iría al infierno con el papelito puesto.

Lo guardé apresuradamente.

El funcionario entraba ya.

—Firme aquí — dijo.

Firmé, me di cuenta de que disponía de veinticuatro horas antes de que la policía se fijara seriamente en mí, y salí disparado. Ardía en deseos de saber lo que decía aquel extraño documento.

Hube de llegar en Metro hasta el despacho de Sarah, porque no me quedaba dinero para nada más. Cuando los dos estuvimos reunidos, puse el papel sobre la mesa y lo desdoblé, dejando para más adelante el importante detalle de lavarme las manos. Me di cuenta de que había en él sólo unas breves anotaciones.

Pero debían ser muy importantes cuando la mujer las había puesto a buen recaudo con tanta urgencia. Las examiné obsesivamente.

Eran éstas:

«STAR. —1945186 BAHÍA FIELDING»

Nada más.

Sarah me miró con desencanto, como si me echara a mí la culpa de un resultado tan escaso.

—No hay ni para empezar — dijo.

—Pero deben ser detalles importantes — contesté a través de la puerta del baño abierta, mientras me lavaba las manos—. De lo contrario no los hubiera escondido hasta más allá de la muerte. ¿Qué piensas tú de todo eso?

—Bahía Fielding es un sitio que existe — murmuró Sarah—. Quizá las cifras de delante sean un número de teléfono de allí.

—Ningún teléfono de Bahía Fielding tendría siete números. Aquél es un lugar muy pequeño.

—¿Pues entonces qué?

Me senté de nuevo frente a ella.

—¿Un teléfono de Nueva York? — musité.

—No. Son de seis cifras.

—Puede haber un prefijo.

—¿Y qué prefijo existe de una sola cifra?

—El de un organismo público, por ejemplo. Imagina que se tratase del teléfono 194518, conexión 6. O sea, conexión con una

línea interior. O bien de la conexión 1 del teléfono 945186, ¿entiendes?

—Muy bien, Sarah, lo entiendo muy bien. Vamos a probar.

En efecto, podía tratarse del número de teléfono no sólo de un organismo público, sino también de alguna gran empresa que tuviera líneas interiores. De modo que ensayamos las dos posibilidades.

Nada.

El primer número correspondía a una casa particular y allí no había conexión 6 que valiese. El segundo número — siempre de acuerdo con la distribución de cifras que nosotros habíamos hecho — correspondía a un usurero que no sólo no tenía dos líneas, sino que echaba leches por tener que pagar una. De modo que estábamos en el mal camino.

Para asegurarnos, llegamos a las últimas consecuencias de aquella posibilidad. Hasta entonces habíamos partido de la base de que el prefijo podía ser el primer número o el último, pero también era fácil que se tratase del segundo, del tercero, etcétera. Por lo tanto ensayamos todas las combinaciones.

Nada. Al fin llegamos a la conclusión de que aquello no podía ser un número de teléfono. Tenía que ser otra cosa. ¿Pero qué?

Sobre el papel donde había escrito las diversas combinaciones de números, anoté: «El único dato fijo que tenemos es el de Bahía Fielding.»

—También existe la palabra Star — dijo Sarah.

—Sí, pero eso ¿qué significa?

—Hay una marca de pistolas que se llama así.

Apreté los puños.

—¡Infiernos! ¡Creo que has acertado, Sarah! ¡Ese podría ser el número de una pistola marca «Star»!

Por un momento pensé haber dado con la verdadera pista. Pero no necesité ni diez segundos para arrugarme.

Las «Star» son frecuentes en los Estados Unidos, y además no me parecía un detalle tan esencial como para justificar los esfuerzos de la Brunner. La lógica me decía que tenía que ser otra cosa.

Los nervios me dominaban.

Estaba cerca del final, y sin embargo era ahora cuando podía perderlo todo. Me daba cuenta de que estaba a punto de

extraviarme por un callejón sin salida. Por eso miré otra vez la nota, durante largos minutos, pero sin llegar a ninguna conclusión.

Sarah susurró al fin:

—Déjalo. No conseguiremos nada.

—¿Dejarlo?

Miré mi reloj, la única cosa algo valiosa que conservo. Con una mueca sarcástica mascullé:

—Perfecto... Hoy, día 18, cuando parecía que habíamos conseguido algo, tenemos que abandonar nuestra única pista. Toda una maravilla.

Y bajé el brazo, dejando de mirar el reloj. Pero de pronto me estremecí.

18... Estábamos a día 18. Y ese número estaba en la cifra.

¿Casualidad?

¡Infiernos!

¡También estábamos en junio! ¡En el mes número seis! Por lo tanto las tres últimas cifras podían corresponder a un día y un mes. Precisamente el día en que estábamos viviendo.

¡El dieciocho de junio!

¿Y las otras cuatro cifras?... No necesité reflexionar demasiado.

¡Claro! ¡Se trataba de una hora! ¡Las 19.45 del día 18 de junio!

¡Eso tenía que ser!

Mi cara se había transformado. Sarah me contempló con curiosidad, sin haber entendido nada aún.

—¿Qué pasa? — susurró.

Se lo expliqué. Le dije que la palabra «Star» era la única que nos faltaba para tener la combinación entera.

Pero ahora fue ella la que lo adivinó. Dijo:

—Tiene que ser un yate.

—¿Qué?

—¿Es que no lo comprendes? ¡Claro que sí! ¡Un yate! ¡Bahía Fielding es un puerto deportivo situado cerca de aquí! ¡En él atracan yates! ¡Y a ti la palabra «casa» te la dieron como sinónimo de la palabra «yate»! ¡Todo concuerda!

Volví a apretar los puños. Era cierto.

Un yate que debía arribar a la bahía Fielding a las 19.45 de aquel día que estábamos viviendo. O tal vez debía salir a aquella hora, eso no podíamos saberlo aún. Pero el detalle no me importaba

demasiado, porque en un caso u otro estábamos en situación de intervenir. Teníamos tiempo.

—Hay que avisar a la policía — musitó Sarah.

—¿Avisar a la policía? — susurré—. ¿Y empezar contando que soy yo el que ha organizado sin querer toda esa escabechina?

La mujer me miró fijamente.

No hacían falta más palabras. Lo había comprendido.

—Debemos hacerlo solos — bisbiseó.

Traté de meterle mano.

—Sí. Debemos hacerlo solos — dije, intentando animarme—. Solitos. En una cama donde hay dos, no hacen falta tres.

Me largó un guantazo. Por fortuna no me alcanzó.

—Eres la tía más estrecha que he conocido en mi vida — escupí.

Pero no podíamos discutir ahora, porque el tiempo apremiaba. Nos largamos los dos. Y usamos el automóvil de Sarah porque de lo contrario jamás habríamos llegado a la bahía Fielding.

Mi coche se hubiera quedado en el primer Museo del Motor que encontrásemos en el camino.

CAPÍTULO X

EL lugar al que nos dirigíamos está a unas ochenta millas al sur de Nueva York, pero esa distancia no les parece excesiva de ningún modo a los aficionados a la mar. Todos los sábados y domingos, cuando hace buen tiempo, la carretera que lleva a Baltimore, se llena de elegantes coches que luego toman un ramal de la izquierda para ir a Bahía Fielding. Digo lo de «elegantes coches» porque allí no puede ir gente pobre, debido a los altos precios de los amarres. Los yates más lujosos de América se suelen concentrar allí, incluso algunos que llegan de Europa, África y Oriente Medio.

Confieso que nunca había estado en un sitio así, porque siempre pensé que si alguna vez tenía un contacto con un yate sería sólo como barrendero de la cubierta o como invitado especial en alguna reunión de maricones. Pero ahora no sólo tenía que llegar a Bahía Fielding, sino además moverme con absoluta precisión allí. Y a la luz del día, puesto que en esas fechas del año anochece muy tarde.

Tampoco podía contar con la policía. Al contrario.

Lo que hubiese que hacer, tendríamos que hacerlo nosotros solos.

Mientras rodábamos en dirección sur, pregunté a Sarah:

—¿Con qué armas contamos? No hemos pensado en eso.

—¿Pero, tú crees que vamos a...?

—Claro que sí. Hasta ahora hemos estado rodeados de muerte, Sarah. No creo que la cosa vaya a cambiar en unos minutos.

—Pues en ese caso necesitaremos algo silencioso... — balbució ella—. Las armas de fuego no sirven.

—¿Y qué es la cosa silenciosa que podemos usar? ¿Qué hacemos,

muñeca? ¿Escupirles en un ojo?

Reflexionó velozmente mientras conducía. Ninguno de los dos sabíamos lo que íbamos a encontrar, pero había que tomar una decisión. Por eso dijo al cabo de unos momentos:

—Tengo un apartamento cerca de la playa, y es posible que en él encontremos algo que nos pueda interesar.

—¿Algo? ¿Qué?

—He practicado el tiro con arco muchos años — musitó Sarah —. Y no todas las flechas son de simple exhibición deportiva, ¿sabes? Tengo al menos una docena de ellas que pueden atravesar de lado a lado a un hombre.

Arqueé una ceja.

—No es mala idea, Sarah. Yo también había manejado el arco hace años y tal vez no haya perdido facultades del todo. Daremos una buena sorpresa a los del Star si nos dejan acercarnos a ellos.

Pero ahí estaba la peor duda, porque no sabíamos lo que íbamos a encontrar. A lo mejor, el Star era un barco de la Cruz Roja. Cuando hicimos provisión de arcos y flechas en el apartamento de Sarah y procuramos esconderlo todo bajo nuestras ropas, no temamos ni idea de lo que había en Bahía Fielding. Pero pronto lo vimos.

Al bajar a poca velocidad por la carretera en forma de cornisa que llega hasta el puerto deportivo, lo vimos. Tenía que ser aquél. Eran las 18.45 en aquel momento, y el yate justo arribaba.

Puntual.

Impresionante.

El mejor que he visto en mi vida.

Llevaba bandera libanesa, lo cual no es extraño, pues por razones fiscales la usan muchos barcos que no han estado en el Líbano jamás. Era un yate digno de un Onassis, de un Rockefeller o de un Ford. Pero también podía ser un yate digno de los nuevos amos del mundo, los reyezuelos del petróleo árabe.

Nos detuvimos en la carretera y observamos cómo amarraba. La tripulación estaba formada por pocos hombres, pero todos fornidos y bien preparados. Un par de oficiales salieron a cubierta y empezaron a hacerse cargo del contenido de dos camiones que ya esperaban en el puerto. Era un aprovisionamiento en regla, lo cual indicaba que el Star se estaba preparando para una larga travesía.

Sarah musitó:

—¿Te has fijado?...

—Sí. Me he fijado en que su llegada ha sido puntualísima. Y, por los síntomas, no tardará más de dos horas en salir otra vez.

—¿Hacia dónde?

—Tengo mi propia idea, pero no estoy seguro de nada.

—Pero al menos, ¿de dónde crees que viene?

—Podría haber bordeado África, porque tiene capacidad para eso. Un yate así puede dar la vuelta al mundo, a condición de estar bien tripulado. No me extrañaría, sin embargo, que hubiera hecho escala en cualquier puerto mahometano de África, de esos en los que nadie pregunta nada. En Nigeria hay alguno de ellos, y en Guinea-Bissau también. Igualmente hay puertos absolutamente incontrolados junto al río Congo, y en los que un yate como ése, de mediano calado, puede atracar.

—¿Pero para qué? ¿Qué transporta? ¿Drogas?

Moví la cabeza negativamente.

Por primera vez empezaba a saber un poco en qué terreno estaba metido. Mis ideas eran más claras a cada minuto que transcurría, aunque eso no me fuera a servir de gran cosa.

—Si se tratara de drogas — susurré—, los de las lanchas patrulleras ya habrían caído sobre ellos. La Policía de Costas no se dejaría engañar por un tráfico organizado de esa clase. Debe ser algo bastante más sencillo, y que las autoridades no aciertan a cortar, quizá porque no les llega a parecer delito. Algo que no da tanto dinero como las drogas, pero que justifica ríos de sangre cuando hace falta.

Me estrechó la mano con fuerza. Noté que temblaba y que no estaba segura de sí misma. Debía confiar en mí, pero iba apañada. Porque lo que es la seguridad en mí mismo que tenía yo...

—Hay que bajar a la playa de estacionamiento — dije de pronto —, y pasar inadvertidos. Aquí, parados en la carretera, llamamos la atención.

Ella estuvo de acuerdo y descendimos a los muelles. El sol estaba aún alto pero la brisa empezaba a ser fresca y se insinuaban las primeras sombras. Los coches más lujosos de los Estados Unidos descansaban allí, junto a la quietud del mar, mientras sus dueños se las daban de lobo de mar a bordo de yates que harían salir de su

tumba a un recaudador de contribuciones. Pero yo sólo me fijaba en el Star, en el mejor de todos ellos, y me daba cuenta de que la carga de mercancías se hacía cada vez más rápida. Sin duda iban a zarpar de nuevo aquella misma noche.

Desde el sitio donde estábamos, podíamos observar sin ser vistos. A pesar de la distancia, me di cuenta de que aquella maravilla flotante llevaba matrícula de Adén.

La realidad, sin embargo, era que debía pertenecer a cualquier sultanato del Golfo Pérsico. Y la razón por la que había llegado tan apresuradamente a los Estados Unidos era lo que estaba dispuesto a averiguar antes de que fuese demasiado tarde.

Las pasarelas que unían la cubierta con el puerto eran muy anchas y sólidas, de tal modo que permitieron el paso de una furgoneta cargada de provisiones, la cual fue descargada en la misma borda. Una vez vacía, la furgoneta volvió a bajar.

Y entonces subió el coche.

Era una fabulosa «limousine» de al menos ocho plazas, uno de esos portaaviones inmensos que sólo pueden rodar por las anchas calles de las ciudades norteamericanas. Llevaba las cortinas corridas. Subió tan silenciosamente y con tanta rapidez que sólo nos dimos cuenta de lo que ocurría cuando ya estaba en cubierta. Quedó muy bien encajado en una plataforma de ésta, y unos segundos después había descendido a la bodega con tanto sigilo que sólo una persona muy atenta se hubiese dado cuenta de lo que acababa de ocurrir. Si no llegamos a estar tan pendientes de los movimientos a bordo del yate, el detalle del coche se nos pasa.

Sarah musitó:

—¿Qué llevarán ahí?

—Quizá nada. Puede ser el coche del dueño.

—¿Eso es lo que crees?

Negué con la cabeza.

—No, no lo creo. Algo me dice que en ese coche que acaba de entrar tan discretamente, está la clave de todo. Y algo me dice también que no necesitan nada más para zarpar de nuevo. Pero, por suerte, ya ha llegado la noche y el Star ha amarrado en la zona más discreta, de modo que vamos a actuar. ¿Ves aquel velero?

—Sí. El pintado de negro.

—Se encuentra amarrado a la derecha del Star, pero no hay

nadie en él. Seguro que los dos o tres tripulantes tienen permiso esta noche. Podemos subir a él con cierta facilidad y desde allí saltar al Star por medio de una cuerda.

—¿En plan Tarzán?

—¿Por qué no? Un velero tiene muchas cuerdas, y cruzar un vacío de unas diez yardas no es tan difícil.

—Pero se me verán las piernas — dijo ella con toda la cara dura.

Preferí no contestar. Había llegado el momento de la acción y ni siquiera la belleza de Sarah me importaba ahora. Como dos sombras más, nos deslizamos por la penumbra y nos arrojamos en silencio al agua por la zona más oscura, nadando con una sola mano para sostener en la otra el arco y las flechas. El mejor traje que tenía se me fue al carajo, pero no había otro remedio. Quizá me podría comprar otro si Sarah me daba un nuevo anticipo de un dólar.

Luego trepamos al velero por el lado opuesto al que daba al Star. No me había equivocado al suponer que, al menos de momento, nadie lo vigilaba.

El Star, en cambio, sí que estaba vigilado. Dos hombres que apenas disimulaban bajo sus chaquetas los bultos de las metralletas desmontadas paseaban de un lado a otro de la cubierta de babor. Y en la de estribor debía haber al menos otra pareja.

Miré a Sarah.

Sarah tenía los ojos espantosamente helados.

Quizá en mi vida he visto otros ojos tan crueles como aquéllos, pero, cosa extraña, me pareció que tenía que ser así. Que en aquel momento me convenía tener a mi lado una mujer dispuesta a todo y tan fría como una estatua. Nos bastó una simple seña para saber la misión que a cada uno le correspondía.

Yo el de la derecha, ella el de la izquierda.

La distancia era corta, pero no podíamos permitirnos el lujo de fallar. Si cualquiera de los dos hombres lanzaba un solo grito, todo se iba al infierno.

Apuntamos en las sombras. Contuvimos la respiración.

SSSSGGGG...

CHSSSSSS...

Eso fue todo. Dos susurros casi inaudibles. Uno de los centinelas recibió el terrible impacto en mitad de la nuca y el otro en el centro del corazón.

Ni un gemido pudo partir de sus gargantas.

Cayeron silenciosamente al agua.

Mientras tanto, Sarah y yo habíamos elegido ya las cuerdas del velero. Tomamos impulso con ellas y saltamos. Yo llegué bien a la cubierta del Star, pero Sarah quedó medio colgada y hube de sacarla casi del agua mientras sentía como si todo diera vueltas en torno mío. Ahora cada segundo contaba.

Por fin nos encontramos los dos en cubierta, rodeados por el silencio. Cargamos nuevamente los arcos y avanzamos uno por cada lado, es decir, uno hacia proa y otro hacia popa, para atrapar a los centinelas que debían estar en el costado opuesto. Nos movíamos con el sigilo de auténticos comandos, e incluso nuestras extrañas armas medievales podían considerarse modernos instrumentos de guerra, pues casi todos los «boinas verdes» y organizaciones similares los usan para sus golpes nocturnos. Una flecha bien dirigida mata con tanta seguridad como un disparo y además no permite identificar nunca la posición del tirador.

Vimos, en efecto, a los centinelas del lado opuesto. Y ni Sarah ni yo vacilamos un solo segundo.

Dos flechas más acabaron con otros dos hombres. Ninguno de ellos gritó, y esta vez ninguno de ellos cayó al agua.

Eso nos permitió adueñarnos de sus armas cortas, despreciando los metralletas. Cada uno de ellos llevaba una «P-38» que era una auténtica maravilla. Montamos las armas y entonces indiqué por gestos a Sarah que se quedase allí, en cubierta, porque eso le permitiría hundirse en el agua en caso de peligro, pero me indicó que no, que vendría conmigo fuese como fuese. Era inútil insistir.

Los dos descendimos por unas escalerillas alfombradas.

El yate era de superlujo. Era como esos yates que salen en televisión con gente tragando bebidas espumosas en cubierta, como queriendo indicar que el espectador también tendrá uno igual si se molesta en comprar una botella de ésas. Más abajo de las escaleras había una salita con dos puertas, y yo abrí pistola en mano la primera de ellas.

Vi una gran sala.

Y quedé con la boca abierta.

Fui incapaz de dar un paso más.

Pero no fue porque me hubiese encontrado una vez más cara a

cara con la muerte.

A pesar de que con la mitad de las cosas que había allí, desde luego, se podía matar a un tío.

¡Y de qué manera!

* * *

He visto muchas fotografías pornográficas y muchas películas de esa clase, pero imágenes como aquéllas nunca. Parece como si todo estuviera visto y sin embargo siempre hay un detalle más, algo más, algo más...

Las fotografías de gran calidad lo llenaban todo Las paredes, los muebles, el techo... Una serie de hábiles juegos de espejos las reproducían en todas direcciones, de modo que incluso aquellos sexos, aquellos miembros viriles, aquellas bocas y aquellas nalgas en acción parecían cruzarse en el aire.

Ni el Kamashutra, vamos.

Allí estaba todo lo que pueden hacer un hombre y una mujer, un hombre y dos mujeres, un hombre y tres... cuatro... Cinco ya no porque entonces el tío muere.

Miré asombrado aquello, sin entender nada aún.

Me di cuenta de que respiraba ansiosamente.

Y, detrás mío, a Sarah le ocurría igual. Su aliento me cosquilleaba la nuca.

—Pero todo esto — balbució con un hilo de voz—, ¿por qué?...

—Creo que lo voy entendiendo, Sarah.

—¿Tú?... ¿Pero qué es lo que piensas?

—O mucho me equivoco o aquí encontraremos la respuesta — susurré—. Ten la pistola preparada por si hace falta. Y espera...

Encontré levísimamente la otra puerta y entonces las vi. No me extrañó en absoluto distinguir a cinco de las chicas que ya conocía. Y las conocía por la sencilla razón de haberlas visto fotograbadas en la revista. En «The Bed».

¡Eran ellas!

¡Por fin habían aparecido!

¡Estaban allí!

Pero no parecían asustadas, ni mucho menos. De momento, tampoco lo pasaban mal. Bebían champán caro en el lujoso camarote, escuchaban música y reían con los chistes de tres hombres elegantemente vestidos que tenían aspecto de macarras de

alta categoría. Pero ésa era una cosa que las chicas, seguramente, aún no podían sospechar.

Cerré en silencio, sin producir ni un chasquido.

A espaldas mías, Sarah también había visto la escena.

Balbució:

—¡Dios santo!

Alcé un poco la pistola mientras susurraba:

—Creo que ya sé a qué se debe, Sarah. Ya sé lo que era la revista. Y para qué servía.

—¿Qué era?

—Un muestrario. Vamos a llamarla así: un muestrario. En él figuraban las modelos no profesionales más bonitas del mundo. Chicas que la organización estaba dispuesta a contratar con engaños o a raptar a la fuerza. Chicas, en todo caso, sin demasiada familia y sin compromisos sociales. Carne de alta calidad, pero que, después de su desaparición, nadie reclamaría.

—¿Pero un muestrario para quién? ¿Qué ganaban con eso?

—La revista se prepara y edita en Estados Unidos, e incluso se venden algunos ejemplares aquí, para que todo tenga el aspecto de un negocio normal, con su publicidad incluso. Pero en realidad esa revista, de la que se hace una tirada muy corta, circula sólo en determinados ambientes de África y Oriente Medio. ¿Qué no estará dispuesto a pagar un hombre como Bokassa, «emperador» del «Imperio» Centrafricano, por una o varias chicas que se le ofrecen de esta manera? ¿Qué no estará dispuesto a pagar Amín, el sanguinario dictador de Uganda? ¿Y los sultanes del Golfo Pérsico? ¿Y hasta los nuevos señores de la droga, que trafican en los confines de Malasia? ¿No comprendes, Sarah? Es la forma más original, más sugestiva y por lo tanto más «comercial» de ofrecer chicas por las que se pagarán millones. Ellas creen que el haber aparecido en esa revista les hará tener grandes posibilidades de todo tipo, y en efecto se las invita a un viaje en un yate como éste. ¿Cómo van a sospechar? Y no sospecharán hasta que estén en alta mar y las hagan pasar a la habitación de al lado, la que hemos visto primero. Allí, donde nadie puede ayudarlas, donde están perdidas del todo, deberán aprender una a una todas las perversiones que figuran en las fotos. Para los hombres que las dominarán como esclavas hasta llegar a puerto, este yate será algo así como la casa de los cuatro

mil placeres. Todo lo probarán, y encima cobrarán luego por su «mercancía» sumas fabulosas. «Mercancía» entrenada y en situación de prestar cualquier «servicio» en el punto de destino. Ese es el nuevo tipo de comercio que ha inventado la organización. Y eso es lo que los dos descubrimos sin sospechar en qué extraño infierno nos estábamos metiendo...

Sarah estaba lívida.

Comprendía que lo que yo estaba diciendo era verdad.

Y de pronto sintió miedo, un miedo espantoso porque se dio cuenta de lo que le esperaba si la hacían prisionera allí. Nadie la iba a reclamar, nadie sabía dónde estaba, nadie podría jamás relacionarla con el Star... Se dio cuenta de que todo dependía de su serenidad, de su rapidez... ¡y de una pistola!

—Hay que hacerlo... —balbució—. Luego daremos a la policía las explicaciones que sea, pero ahora... ¡hay que hacerlo!

Yo pensaba lo mismo. Y sabía muy bien qué era lo que había que hacer. Empujé la puerta rabiosamente mientras los hombres que había dentro se disponían a disparar a su vez.

Debían haber notado algo extraño al no poder comunicar por el infierno con los centinelas de cubierta. O quizá nosotros habíamos hecho algún ruido en el pasillo, no lo sé. Lo cierto fue que estaban preparados ya, mientras las mujeres chillaban y se lanzaban a tierra. Si algo nos salvó a Sarah y a mí fue que habíamos visto su posición antes. Sabíamos dónde estaban. Ellos, en cambio, no.

Y no perdimos ni un plomo. Disparamos rabiosamente, a mansalva, con los dientes crispados, dominados por un salvaje deseo de matar. Ninguno de los dos supimos lo que nos ocurría. Pero sabíamos que defendíamos nuestra propia piel y la piel de muchas mujeres que, antes de vivir lo que aquellos tipos les preparaban, hubiesen preferido vérsela arrancar a tiras.

Vimos saltar la sangre. Oímos los alaridos de las chicas. Contemplamos como uno de los hombres chocaba con una mampara y se contorsionaba en ella. Como otro intentaba protegerse tras una de las mujeres, pero cuando ya una bala le estaba haciendo saltar la mitad de la masa encefálica. Como otro venía locamente hacia nuestras pistolas y éstas lo convertían en un colador sangriento...

Cerré de golpe la puerta.

Las chicas chillaban como alucinadas, sin entender nada, pero yo no iba a ser tan estúpido como para dejarlas salir ahora. Necesitaba llamar a la policía, pues el cable telefónico exterior aún debía estar conectado al buque. Me lancé hacia el aparato que estaba junto a las escalerillas.

Cuando volví, una vez tuve la seguridad de que la bofia estaría allí en tres minutos, tuve una sorpresa al ver que Sarah estaba mirando las fotos de la primera habitación. Le metí mano de verdad, en mitad de un sitio que yo sé. Y, extrañamente, no dijo nada.

—Más vale que aprendas unas cuantas cosas para cuando estemos solos — dije, pensando que uno debe lanzarse de lleno, aunque se exponga a acabar con una pierna rota.

Ella ni siquiera se molestó en mirarme.

—Burro — dijo—, la mitad de esas fotos las he hecho yo.

Y me agarró en el último segundo, diciéndome que ya me emplearía de modelo para sacar con ella otras similares, haciendo cosas con ella. Juro que fue esa esperanza lo único que me detuvo. Porque la verdad es que yo ya estaba a punto de lanzarme al agua.

Pero al final no me lancé. ¿Ustedes qué hubieran hecho?

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.